

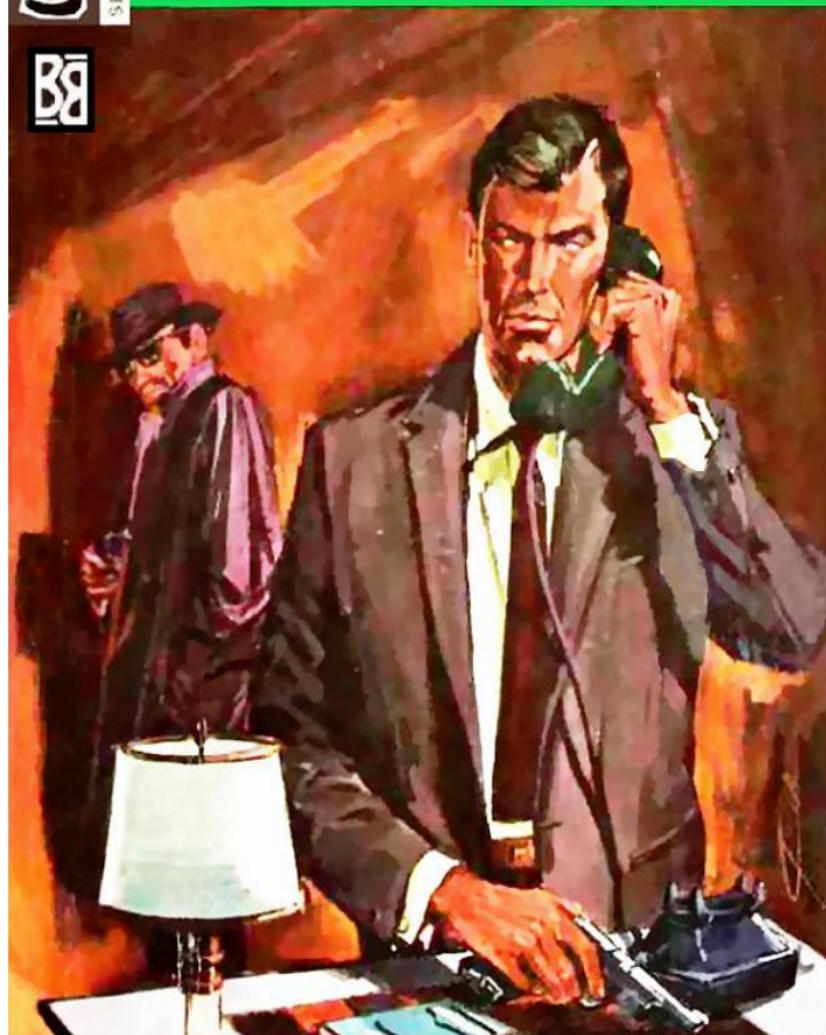
S
S

SERVICIO SECRETO

BB

LA MUERTE JUGÓ CONMIGO

burton hare





BURTON HARE

LA MUERTE JUGO CONMIGO

SERVICIO SECRETO n.º 791
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 23.799 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: octubre 1965

© BURTON HARE - 1965
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCIA - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 5283/65



Depósito Legal B 23.799 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: octubre 1965

© BURTON HARE - 1965
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCIA - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 5283/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando el destino se siente jugueteón pueden suceder cosas en extremo sorprendentes. Sucesos al parecer triviales pueden sufrir una metamorfosis completa y convertirse en auténticos dramas, o en algo semejante a una bomba de tiempo con la explosión cuidadosamente medida y calculada.

En cierto modo, en eso se convirtió con el tiempo mi decisión de adquirir el *bungalow* en Viewsite Terrace. Dicha compra fue el resultado de un par de casos afortunados, cuyos ingresos me quemaban las manos, como de costumbre. Hasta entonces, y después generalmente también, el dinero ha tenido una sorprendente facilidad para huir de mis manos pecadoras, pero por aquella época sufrí una racha hogareña y decidí que necesitaba cuatro paredes y un techo que me pertenecieran por completo: que pudiera llamar míos.

Así adquirí la casita con su lote de terreno, colgado en un desmonte artísticamente urbanizado al norte de West Hollywood.

La fachada delantera correspondía a Viewsite Terrace, aunque para llegar de la calle a la casa había que subir nada menos que cuarenta y dos peldaños contruidos con losas de piedra separadas por espacios donde el césped crecía a su antojo. O eso, o andar media milla poco más o menos por un serpenteante camino que se encaramaba a la colina.

Afortunadamente, la fachada posterior del lote de terreno daba a Robín Drive, la tortuosa calle que subía hasta la cima de la colina y descendía después por el otro lado. Era en esa parte donde tenía el garaje y la que, en la práctica, se había convertido en la entrada principal de la casa, o, por lo menos, la más utilizada.

Había transcurrido casi un año desde la adquisición del *bungalow* y estaba sumamente satisfecho con él. Resultaba un lugar tranquilo, desierto y en el que uno podía hacer prácticamente

cuanto le viniera en gana sin que ningún vecino viniera a meter las narices. La casa más cercana estaba a tal distancia que apenas si se distinguía su tejado entre los árboles.

Solamente, en la otra ladera de la colina, había alguna que otra construcción, tan aislada como la mía, y un edificio de regular tamaño que, según mencionó el agente que me vendió el lote, era una clínica o sanatorio particular.

Así era de tranquilo aquel paraje.

Hasta la mañana de aquel día en que hallé el delicado camisón en mi veranda del porche.

Recuerdo que acababa de desayunar cuando salí al porche para fumar en paz el primer cigarrillo de la jornada. No tenía ninguna prisa por trasladarme a la oficina porque, según los síntomas, iba a ser un día caluroso como un infierno, y en la colina se deslizaba un airecillo agradable que invitaba a la molicie.

Entonces vi la costosa *negligée* verde esmeralda tirada sobre la veranda. Asombrado, me acerqué a la tenue prenda y la acaricié con las puntas de los dedos. Era tan suave y transparente como un jirón de niebla.

En principio no traté de explicarme cómo demonios había llegado a mi porche una cosa tan incongruente como aquélla. Sólo la miré largamente, dejando galopar mi imaginación en torno a la prenda en sí, imaginando cosas absurdas relacionadas con su hermosa propietaria.

Porque, en mi fuero interno, ya había decidido que la dueña de algo tan sutil y sugestivo forzosamente debía ser hermosa por encima de toda ponderación.

Cuando dejé de pensar tonterías, tomé la *negligée* entre las manos y la examiné más a fondo. Así descubrí las dos diminutas iniciales bordadas en oro justo bajo un encaje del lado izquierdo: *J. M.*

Pensativo, entré en la casa con la nube verde esmeralda entre mis manos. Entonces comencé a pensar verdaderamente cómo y por qué aquello había aparecido en mi veranda.

Como no llegué a ninguna conclusión, plegué lo mejor que supe el camisón y lo dejé en el armario. A primera vista, era algo detonante ver semejante filigrana de encajes y transparencias entre la ropa masculina de un solterón recalcitrante.

Decidí no devanarme más los sesos con semejante hallazgo, de manera que me ajusté el arnés con la funda sobaquera, acomodé el revólver en ella y me puse la chaqueta, dispuesto a largarme al centro sin mucho entusiasmo.

Entonces sonó el teléfono. Como no eran frecuentes las llamadas a mi domicilio privado, lo descolgué un tanto sorprendido.

Una voz suave como el roce del terciopelo murmuró:

—Por favor, ¿es el 2307 de Viewsite Terrace?

—En efecto. ¿Quién habla?

—Eso no importa ahora. ¿Ha encontrado usted cierta cosa en su porche, señor?

Ahí estaba. Iba a saber al fin cómo había llegado aquello hasta mi casa.

—Si se refiere usted a una cosa verde esmeralda, la he encontrado. Lo que me gustaría saber es la manera cómo ha aparecido aquí, linda.

La suavidad lánguida de la voz comenzó a esfumarse.

—No puedo explicarle nada ahora, sólo rogarle que guarde eso con todo cuidado, por favor. ¿Lo hará?

—Bueno...

—Escóndalo —insistió—. Nadie debe verlo. Y no lo entregue a nadie si no es a mí personalmente. ¡Por favor, es tan importante...!

—No entiendo nada. Para empezar, ¿cómo sabré que se lo entrego a usted en persona?

—Mencionaré esta llamada y lo que hemos hablado. ¿Está bien?

—De acuerdo, pero sigo sin comprender una maldita palabra. ¿Por qué ha abandonado usted ese camisón en mi porche? Imagino que no lo llevaría usted puesto.

—Era lo único que llevaba —fue la desconcertante respuesta. Y luego añadió con tono apremiante—: ¡Por lo que más quiera, no deje que nadie lo vea, escóndalo!

—Está bien, está bien, pero...

Sonó un chasquido y la comunicación quedó cortada. Devolví el auricular a su soporte y tardé unos segundos en darme cuenta que, realmente, aquella voz había resonado en mis oídos como una caricia.

No obstante, continuaba sin ver el menor sentido a todo el asunto, pero por si las moscas volví atrás, abrí el armario y saqué la

negligée, examinándola pulgada a pulgada por si hubiera algo escondido en las costuras.

Era absurdo pensarlo siquiera, por cuanto un alfiler que hubiese estado metido en las delicadas y frágiles costuras se hubiera visto tan claramente como a través de un cristal. Supuse que lo único realmente importante eran las iniciales, de manera que lo doblé hasta hacer un pequeño envoltorio; después recorrí el cierre de cremallera del colchón de muelles e introduje la prenda entre éstos. Volví a correr el cierre y consideré que era cuanto podía hacer de momento por la desconocida comunicante.

Quando llegué a mi oficina eran más de las once de la mañana, pero podía haberme ahorrado el viaje por cuanto en todo el día no asomó nadie por allí; así que a las cinco en punto de la tarde me largué, aburrido y cansado de estar sentado.

Era la hora en que el tugurio de Gosier estaba más concurrido, de manera que anduve las dos manzanas de casas que me separaban de él, bajé los cinco peldaños de la entrada y me sumergí en la densa atmósfera del interior.

Gosier era un francés delgado y de movimientos escurridizos como una serpiente. Había nacido a bordo del barco con el cual sus padres emigraron a América, pero a pesar de que el buque era americano y de que toda su vida la había pasado en distintos lugares de los Estados Unidos, Gosier se consideraba tan francés como el mismísimo Chevalier.

Su taberna, limpia y confortable, era el nido al que solían acudir los policías libres de servicio, o que escapaban unos minutos de los despachos del cercano edificio de la Central en busca de bebidas frescas y compañía vocinglera. El resto de parroquianos estaba formado por los reporteros de sucesos que «hacían» información en las dependencias policiacas, acompañados de los audaces fotógrafos capaces de disparar sus cámaras sobre cualquier cosa, desde una rubia desnuda a un cadáver machacado.

Busqué un rincón al extremo del mostrador y me encaramé al taburete. Gosier se deslizó como si volara hasta detenerse frente a mí.

—¿Lo de costumbre, míster Blake?

—Pero que sea doble. Y con mucho hielo.

Se largó como una bala. A mi lado, una voz gruñó:

—¿Qué tal si invitas a un trago, Larry?

Ladeé la cabeza lo justo para ver la afilada cara de Wilkie Randall, el reportero del *Evening Post*. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos y no parecía sostenerse muy firme sobre su taburete.

—Un trago más y te caerás de espaldas —dije—. ¿Es que estás borracho las veinticuatro horas del día?

—Excepto las que duermo. Cuando puedo dormir, naturalmente. ¿Qué hay de ese trago?

—*Okey*, si quieres reventar, por mi adelante.

—Eres un buen chico a pesar de tu sucio oficio, Larry.

—Hablando de trabajos sucios, Wilkie, ¿cómo va el tuyo?

—Está bien, no quiero pelearme contigo, compañero... ¿Tienes algo importante entre manos?

—Lo más importante del mundo: nada.

—Bueno.

Gosier vino y depositó un enorme vaso delante de mí. La ginebra y el limón luchaban por derretir el hielo y estaban ganando la batalla.

Wilkie pidió un *whisky* doble a mi cuenta y mantuvo la boca cerrada hasta que el francés le hubo servido. Entonces gruñó:

—Eres un chico decente, Larry. A tu salud.

Engulló todo el contenido sin respirar. Se estremeció violentamente, dejó el vaso y mantuvo los ojos cerrados unos segundos. Pequeñas gotas de sudor inundaron su frente. Aguardé con expectación a verlo rodar por el suelo, pero me llevé un chasco; abrió los ojos, parpadeó y tartajeó:

—Te apuesto que puedo soportar media docena más. ¿Quieres hacer la prueba?

—Vete al infierno, chupatintas.

Probé mi bebida. Como siempre, estaba en su punto. Entonces llegó el teniente Lynn Curtis, acercó un taburete y se encaramó entre el reportero y yo.

—¿Cuál de los dos está más borracho? —preguntó con evidente interés.

—Éste es el primer trago de la tarde —confesé—. ¿Qué tal te va con tus asesinos?

—No puedo quejarme. Hacen lo que pueden para afianzar mi retiro.

Pidió un *whisky* con agua y hielo, encendió un cigarrillo y distraídamente inquirió:

—Y tú, ¿tienes mucho trabajo?

—Nada. Estoy cesante. Incluso puedo echarte una mano si me necesitas.

—No, gracias. Ya tengo bastantes líos sin tu colaboración.

—¿Qué clase de líos?

Esperó a que Gosier acabase de servirle antes de gruñir:

—Pregúntale al «emborriona cuartillas». A falta de otra cosa mejor, está ocupándose de eso desde hace algún tiempo.

Wilkie cabeceó pesadamente.

—Es cierto —dijo con voz estrepajosa—. Hace meses... muchos meses, Larry. La policía está durmiendo la siesta mientras una pandilla de vivos se hincha a ganar dinero.

—¿De qué estáis hablando?

—Joyas. Toda clase de joyas... diamantes y cosas así. En grande, no creas... Oye —exclamó de pronto—, ¿es que nunca lees los periódicos o qué?

—Sólo los resultados de las carreras —dije—. Tu prosa me produce náuseas, Wilkie, así que nunca leo lo que escribes. ¿Qué tienen de particular esos robos de joyas? Siempre ha habido especialistas que se han dedicado a eso.

El teniente bebió un sorbo de su bebida helada. Luego masculló:

—Jamás en tan gran escala, Larry. Ni con tanta perfección... En siete meses han robado joyas y piedras preciosas por valor de casi dos millones de dólares.

—Y la policía en las nubes —apuntilló el reportero con sorna.

Recordé lo que llevaba leído sobre los continuos robos, pero no aclaré nada. Para mí era un asunto de interés secundario y no había prestado mucha atención a los reportajes.

—Sigue escribiendo así y cualquier día te encontrarás con los dientes esparcidos por el suelo —gruñó el teniente—. Estamos luchando con una organización perfectamente entrenada. No recuerdo que haya existido nunca otra semejante. No cometen un solo error, ni un fallo... actúan con una sincronización tan perfecta como si estuvieran representando una escena cinematográfica ensayada un millón de veces...

Wilkie tartajeó:

—También la policía se supone que es una organización bien entrenada... y no menciones mis dientes otra vez o te haré pagar el siguiente trago.

—Si fuera veneno... —rezongó el teniente.

No dije nada. Aquello no ofrecía demasiado interés para mí, y mi mente se escapaba hacia la veranda del porche y lo que en ella había encontrado. En realidad, y a intervalos, durante todo el día había estado pensando en lo mismo, tan intrigado como si fuera uno de mis casos profesionales.

Al cabo de un rato, el teniente y Wilkie dejaron de discutir. El policía apuró su *whisky*, encendió un cigarrillo con la colilla del anterior y refunfuñó:

—¿Qué te sucede, Larry? Te encuentras tan lejos de aquí que apenas si podemos verte. ¿No has dicho que estás sin problemas?

—Oh, al diablo; estaba pensando en cierta dama.

—Tu mente pervertida acabará contigo —runroneó el reportero.

—¿Qué dama? —quiso saber Lynn Curtis.

—Una que perdió el camisón la noche pasada.

Wilkie se rascó la coronilla, intrigado. Su voz tartajosa se animó un poco cuando exclamó:

—¡Te apuesto que no llevaba puesto nada más!

—Ganarías la apuesta. ¡Gosier!

El barman se acercó como una centella. Le entregué unas monedas, señalé las bebidas de los tres y salté del taburete.

El teniente gruñó:

—¿Cómo te las arreglas para estar continuamente metido en líos con mujeres?

—Tonterías. A la del camisón ni siquiera la he visto. Wilkie cacareó:

—¡Qué gracioso! Dice que no la ha visto... y sabe que no llevaba puesto más que el camisón. Y que perdió este... ¡Qué tipo, teniente! Deberíamos obligarle a que nos contara todo el asunto... o que pagase otra ronda.

—Vete al infierno, chupatintas —le espeté—. Ya nos veremos. Y suerte con los ladrones de joyas.

Los dejé allí, discutiendo sobre la conveniencia de obligarme a pagar otra ronda de bebidas. Cuando llegué a la puerta todavía no se habían puesto de acuerdo.

CAPÍTULO II

Cené en cualquier parte, sin apetito debido al enervante calor, y después me metí en un cine refrigerado hasta que terminó la sesión. Al salir del local, el calor me azotó el rostro como una bofetada caliente, de manera que entré en un bar en busca de algo helado y, entre unas cosas y otras, pasaba de la medianoche cuando estacioné el auto en Robin Drive, frente a la entrada de mi garaje.

Me apeé para abrir la puerta, entre el coche, cerré y descendí la suave cuesta hasta la entrada posterior del *bungalow*.

Pero tan pronto encendí las luces de la cocina me detuve en seco. Por regla general nunca estaba muy ordenada, con vasos en el fregadero y algún que otro plato del desayuno haciéndoles compañía, pero jamás la dejaba tal como aparecía entonces.

Las puertas de los armarios estaban abiertas y lo que éstos habían contenido desparramado por todas partes. El horno eléctrico, que yo no recordaba haber usado desde que vivía allí, aparecía abierto también y alguien había sacado las bandejas del interior. Y todos los utensilios de limpieza que solían guardarse en un cuchitril empotrado en la pared habían aterrizado en la cocina de mala manera.

Después de los primeros instantes de estupor, me dije que no sacaría nada con enfurecerme contra los desconocidos asaltantes, así que me dispuse a contemplar el resto del estropicio y seguí adelante.

Desde luego, habían hecho un buen trabajo. Uno podía pensar que tenían algo personal contra mí y habían querido demostrármelo con los destrozos que habían dejado a su paso.

Los dormitorios, los armarios, la pequeña salita y la habitación a la que, pomposamente, daba el nombre de biblioteca debido a que era donde almacenaba los pocos libros que había ido comprando con el tiempo, ofrecían un aspecto desolador. Incluso el cuarto de

baño había sido saqueado brutalmente.

Anduve de un lado a otro como un autómata, asustado ante la sola idea de poner orden en aquel caos. Después comencé a preguntarme la razón de semejante vandalismo y sólo se me ocurrió una: el salto de cama verde esmeralda.

Corrí al dormitorio. El colchón había sido arrojado fuera de la cama y parte del cierre de cremallera estaba abierto. Maldije la sagacidad de los asaltantes, pero para estar seguro metí la mano y tanteé el interior. Tarde unos segundos en darme cuenta que, si era aquello lo que habían estado buscando, no habían sido tan listos como yo mismo creyera segundos antes.

Habían abierto el cierre de un solo extremo y la *negligée estaba escondida en el otro, tal como comprobé, de manera que la dejé donde estaba y coloqué el colchón en su lugar.*

Fue en aquellos momentos, al ver el destrozo causado por los salvajes asaltantes, cuando me preocupé de veras por la muchacha que había abandonado el salto de cama en mi terraza. Si eran capaces de un vandalismo semejante, sólo para hacerse con una prenda de ropa, no era descabellado pensar que sus intenciones respecto a la chica serían todavía más nefastas.

Otro rato de reflexión me llevó al convencimiento de que un trabajo tan completo no se hace con manos entorpecidas por guantes de piel, lo cual era tanto como llegar a la conclusión de que las huellas dactilares de los visitantes estarían esparcidas por toda la casa. Esa idea fue la que me impulsó a llamar al teniente Lynn Curtis a su despacho de la central.

No obstante, un sargento de voz agria me informó que Curtis tenía la noche libre, así que lo llamé a su casa, sabiendo que no iba a gustarle ni pizca oír mi voz a semejantes horas.

Y no le gustó, pero escuchó mi relato sin interrumpirme más que un par de veces. Sólo cuando consideró que ya había oído demasiado gruñó:

—¿Qué te hace creer que pueden haber dejado sus huellas? Por lo que acabas de decir, es un trabajo de profesionales, ¿no?

—No creo que llevasen guantes para dejar un desbarajuste semejante, Lynn. ¿Por qué no mandas a un par de tus muchachos, aunque sea extraoficialmente?

—¿Qué crees que es el Departamento? —protestó, pero luego,

tras un silencio, añadió—: *Okey*, veré lo que puedo hacer, aunque será necesario dar cuenta del asalto al Precinto de tu distrito.

—Encárgate tú mismo, Lynn; siempre te harán más caso que a mí.

Asintió y colgué el auricular. Busqué un vaso y la botella de ginebra, escancié una buena dosis, le añadí hielo y limón y salí al porche para esperar a los hombres del teniente.

Tuve la gran sorpresa cuando lo vi a él en persona encaramarse bufando por los artísticos peldaños del jardín. Habían cometido el error de aparcar sus coches en Viewsite Terrace, de manera que cuando llegaron junto a mi resoplaban como locomotoras, tanto el teniente como los dos hombres de paisano y el sargento de uniforme que le acompañaban.

—Podías haber comprado la casa en otro lugar más decente —jadeó Lynn de mal talante—. ¿Cómo te las arreglas para no reventar cada vez que te encaramas hasta aquí arriba?

Necesité explicarles cómo se llegaba más cómodamente por la otra calle. Aunque no les consoló nada saberlo, acalló sus protestas.

—No pensé que te molestases en venir personalmente, Lynn —comenté por mi parte, encendiendo un cigarrillo.

—Ha surgido algo que ha hecho interesante tu llamada.

—¿Sí?

—Hay tres denuncias por otros tantos asaltos semejantes —me espetó con calma—. En uno de ellos han tenido que atar y amordazar a la dueña de la casa y también se lo han revuelto todo.

—Y todos los asaltos han ocurrido en casas de esta demarcación, míster Blake —añadió el sargento de uniforme, al que Lynn me presentó como perteneciente al Precinto del distrito.

—Es sorprendente —dije precavidamente.

—¿No tienes idea de lo que andaban buscando, Larry? Miré al teniente con el ceño fruncido. Pensé que la muchacha no aprobaría que revelase la existencia del camisón, ni siquiera a la policía, de manera que sacudí la cabeza de un lado a otro.

—En absoluto —dije—. Y a juzgar por esos otros registros, ni ellos mismos saben dónde está lo que buscan.

—Lo más asombroso de todo es que en ningún lugar han robado nada —explicó el sargento.

Lynn Curtis habló con sus dos expertos en huellas y entramos en

la casa, sólo para mostrarles su campo de trabajo. Después que se hubieron puesto en movimiento, el sargento, Curtis y yo volvimos al porche para no estorbar.

El sargento confesó:

—En toda mi carrera había visto nada más estúpido...

Saqué bebidas para todos y esperamos a que los peritos dieran por terminada su labor, cosa que sucedió casi dos horas más tarde.

—A simple vista —explicó uno de ellos—, parece que hay tres o cuatro clases de huellas distintas, algunas de ellas viejas y borrosas; éstas deben pertenecer a usted, míster Blake.

—Y habrá otras de la mujer que hace la limpieza —aclaré—. No obstante, si hay más de dos clases de huellas las otras deben ser de los asaltantes.

Me tomaron las mías para cotejarlas en el laboratorio con las demás, después de lo cual se despidieron todos ellos y yo pude acostarme, aunque me costó conciliar el sueño, a pesar de lo tardío de la hora.

Desperté tarde a la mañana siguiente, y ni la ducha logró disipar la modorra que me aturdí. Lo achaqué al intenso calor, desayuné y salí al porche, pero no había ninguna *negligée* en la veranda, de manera que me tumbé en una silla extensible y encendí un cigarrillo.

Pensé que no tenía muchos deseos de acudir a la oficina. También me pregunté cuánto tiempo tardaría la desconocida propietaria del salto de cama en dar señales de vida. Ardía en deseos de conocerla, aunque sólo fuera para obtener de ella una explicación a cambio de la prenda.

Después del primer cigarrillo siguieron otros y el tiempo transcurrió con monotonía, hasta que decidí largarme a la ciudad y enfrentarme un nuevo día de calor y rutina.

Realmente, fue rutinario hasta las cuatro y media de la tarde en que recibí la visita de míster Prescott.

Míster James Prescott era un hombre de unos cincuenta años muy bien llevados. Su aspecto general era el de alguien importante, que igual podía haber ganado una fortuna posando para esos anuncios en televisión y revistas ilustradas, que presentan al directivo perfecto en la cumbre de los negocios, o ser realmente un financiero que ha llegado al escalón superior de la sociedad. Vestía

de manera soberbia, era de cuerpo elástico y piel tostada y tenía ese toque de refinamiento que distingue a un hombre de éxito auténtico de otro que sólo lo aparenta.

Se presentó con voz culta y tono seguro, se apoderó de una butaca y me ofreció un cigarrillo de una pitillera de oro que extrajo con gesto displicente.

Cuando estuvo seguro de que me había impresionado lo suficiente dijo:

—Quiero que encuentre a una mujer, míster Blake.

—¿La suya?

Descubrió su perfecta dentadura en una sonrisa radiante.

—Afortunadamente —comentó—, me divorcié hace ya muchos años, y no he vuelto a casarme. No, míster Blake; se trata de mi sobrina.

—Muy bien, hableme de ella.

—No hay mucho que decir. Siempre fue una cabeza loca, pero desde que se casó parece ser que sus locuras fueron en aumento. Tiene un carácter endiablado y...

—Un momento —le interrumpí—. ¿Está casada en la actualidad?

—Sí.

—Usted ha dicho que yo debo encontrarla, lo cual implica que ha desaparecido. ¿Es así?

—Exactamente.

—¿No cree que es asunto del marido inquietarse por la desaparición de su mujer?

Dejó escapar un gruñido de disgusto.

—Morton es un petimetre estúpido que jamás ha podido sujetar a su mujer —espetó con desprecio—. Creo que incluso la teme.

—¿Cuándo desapareció?

—Hace aproximadamente una semana. Por lo que me ha revelado Morton, tuvieron una disputa acerca de unos intereses, y para acabar con la discusión él se largó a dar un paseo confiando con que a su vuelta ella se habría apaciguado. Sin embargo, cuando regresó, su mujer había desaparecido llevándose solamente su estuche de aseo y los útiles de maquillaje en un pequeño bolso de mano.

—Ya veo. ¿Había desaparecido otras veces antes de ahora?

—Una o dos veces, aunque sólo por un par de días. Se inscribía en un hotel con nombre supuesto, y cuando se le pasaba el berrinche regresaba a casa. Pero ahora han pasado demasiados días para que me sienta tranquilo.

—No va a ser fácil dar con ella si quiere seguir escondida —comenté, huraño—. ¿Se llevó algún coche?

—No. Sólo tienen uno, y sigue en la casa.

—¿Y las otras veces?

—¿Quiere decir, cuando escapó por un par de días?

—Eso es.

Parpadeó, indeciso.

—No sabría decirle... aunque creo que no. ¿Tiene eso realmente alguna importancia?

—Puede tenerla. Necesitaré una fotografía de ella y sería muy conveniente obtener una lista de sus amistades más íntimas. Ya sabe lo que quiero decir; esas amigas que se han conservado a través de los años... tal vez compañeras de colegio o amistades posteriores, pero lo bastante sólidas para haber recurrido a ellas en un caso de apuro.

Sonrió con su perfecto aire de superioridad.

—He calculado que pediría usted esos datos —sacó una cartera de piel, extrajo de ella una hoja de papel y una fotografía y añadió, seguro de que yo debía estar entonando cantos de alabanza a su perspicacia—: Ésta es una fotografía reciente de Jane. Y esto, una lista de las amigas más íntimas que yo le conozco, aunque he de decirle que no confío que haya recurrido a ninguna de ellas. Es una muchacha demasiado independiente, usted sabe...

Tomé todo ello, dejé la lista a un lado y me concentré en la contemplación de la fotografía.

Correspondía a una mujer de unos veinticinco años, de rostro provocativamente hermoso cuyos pómulos un poco salientes le daban cierto aspecto exótico, al combinarse perfectamente con los grandes ojos rasgados de largas pestañas. Una corta cabellera rubia enmarcaba aquella cara.

Lucía un busto agresivo y descarado con su gran escote. Imaginé que el resto del cuerpo sería tan magnífico como la parte que mostraba la fotografía, ya que ésta era de cintura para arriba.

—Creo que servirá —dije—. ¿Cuál es el nombre del marido y su

domicilio?

—Él se llama Morton Brett y vive en el 1872 de Gramercy Drive. ¿Pretende usted hablar con él?

—Desde luego. He de partir de alguna parte y ésta es tan buena como otra cualquiera.

—No podrá decirle nada que no le haya dicho yo —refunfuñó, con evidente disgusto.

—Incluso así. ¿O tiene usted algo que oponer, míster Prescott?

—Naturalmente que no. Lo único que deseo es que me mantenga informado de sus progresos diariamente...

—Suponiendo que haya progresos todos los días. Esta clase de trabajo puede ocuparme semanas enteras en caso de que ella no desee ser encontrada.

—Lo comprendo... Sí, claro, tiene usted razón, míster Blake. Haga las cosas como mejor le parezca —acabó, a regañadientes.

—Así lo haré. Supongo que deberé presentarle a usted la cuenta de gastos y honorarios cuando demos por terminado el trabajo.

—Exacto, aunque estoy dispuesto a anticiparle una cantidad prudencial, míster Blake.

—Quinientos dólares serán suficientes —dije—. Cuando necesite más se lo haré saber.

No protestó en absoluto y depositó la cantidad pedida sobre la mesa. Después, se levantó con su acostumbrado empaque, estrechó mi mano con energía y se fue.

Entonces estudié la lista que me había facilitado. No me pareció que pudiera sacar mucho de toda aquella gente. Encontrar a Jane Brett no iba a ser tarea fácil...

Pero era un trabajo bien pagado, que a fin de cuentas era lo que me interesaba.

CAPÍTULO III

Abandoné la oficina y consideré que era muy tarde para empezar cualquier clase de investigación. El asunto podía esperar hasta el día siguiente, así que todo lo que hice fue trasladarme al edificio de la Central para entrevistarme con el teniente Curtis, al que encontré preocupado con sus ladrones de joyas.

—¿Qué hay de las huellas, Lynn? —inquirí, sentándome en una dura silla.

—Parece que hemos dado con algo positivo. Aparte de las tuyas, y de las que deben pertenecer a la mujer de la limpieza, a juzgar por la antigüedad de algunas de ellas, hemos identificado dos juegos de huellas distintos. Uno pertenece a un tipo que consta en nuestros ficheros. El otro nos es desconocido.

—¡Magnífico! ¿Quién es ese cliente conocido?

—Su nombre verdadero es John Witting, aunque ha usado otros. Ha sido procesado dos veces por atraco a mano armada, una por asalto y otra por intento de violación, aunque sólo una fue condenado a cinco años. Ya sabes el cuento, Larry; falta de pruebas.

—Comprendo. Jamás he oído ese nombre.

Sacó una cartulina amarillenta de un cajón y me la acercó a través de la mesa.

—Ése es el hombre, si quieres echarle un vistazo.

Contemplé la ficha con interés. La fotografía representaba a un tipo de rostro delgado, con una nariz grande y afilada y las mejillas chupadas. Tenía ojos porcinos bajo espesas cejas. No obstante, a pesar de su delgadez, se advertía que era fuerte a juzgar por los hombros y la base del cuello.

Nunca había visto a semejante individuo.

—Recordare esa cara —dije—. Y si alguna vez lo veo le haré pagar los destrozos que causó. ¿Sabes si trabaja para alguien en la actualidad?

—Hace tiempo que no he tenido noticia alguna sobre sus actividades. ¿Estás seguro de que nunca has tenido nada que ver con él?

—Sin la menor duda.

—Es un sujeto peligroso —apostilló Curtis, pensativo—. Me pregunto qué demonios pueden significar esos asaltos. Si se hubiese producido un robo en cada uno de ellos la cosa estaría clara, pero así es algo absurdo.

—Está bien, no te calientes los sesos. Ya darán señales de vida. ¿Tienes mucho trabajo ahora o puedes salir a tomar un trago?

—Estoy esperando al capitán, de manera que no puedo moverme de aquí. Me lo debes de todas formas.

Quedamos así y me largué en busca de un trago en el bar de Gosier.

Y allí estaba Wilkie Randall como de costumbre.

—Me han dicho que alguien te puso la casa patas arriba —cacareó—. ¿En qué lío andas metido, muchacho?

—Si sabes tanto, sabrás también que hicieron lo mismo en varias casas de la vecindad, así que no hay ningún lío por ninguna parte.

Gosier vino con mi bebida, el reportero pidió otra y vaciamos los vasos en silencio. Hasta que él dijo:

—¿Qué hay de la dama que perdió su camión, Larry? Cuéntame la historia.

—No hay ninguna historia. No llegué a ver a esa dama siquiera, así que tendrás que buscar tu próximo artículo en otra parte.

—Veremos.

O no estaba lo suficiente borracho todavía para que su conversación fuera divertida, o tenía uno de sus días malos, de manera que pagué y me fui en busca del coche y de una buena cena con la que celebrar la captura de quinientos dólares.

Cuando llegué a casa aquella noche deseé que la mujer de la limpieza hubiera hecho un buen trabajo, de manera que el interior no ofreciese el caótico aspecto que tenía por la mañana.

Al entrar en la cocina advertí que así era. Todo estaba en su lugar correspondiente, sin el menor rastro del vandálico paso de los asaltantes. Casi me sentí impaciente por comprobar si el resto ofrecía tan agradable aspecto, aunque comprendí que no sería así por completo. No había tiempo en un solo día de ordenarlo todo.

Sea como sea, no llegué a comprobarlo de momento. Apagué la luz de la cocina y mientras buscaba el interruptor de la salita algo duro se apoyó en mi columna vertebral y una voz cascada ordenó:

—Las manos quietas, míster Blake. No intente nada lo pasará mal.

Ni siquiera me pasó por la imaginación intentar nada. Quería saber qué se traían entre manos aquellos tipos, y la única manera de conseguirlo era dejarles hablar.

Así que levanté los brazos y aguardé. Comprendí que eran más de uno cuando alguien dio la luz sin que la presión en mi espalda disminuyera.

Eran dos. El que estaba delante de mí era la reproducción exacta de la fotografía que había contemplado aquella tarde en una ficha policíaca y su nombre era John Witting.

El otro era un fulano corpulento, grande, de rasgos achatados y escaso cabello. Una frente estrecha asomaba bajo el ala del sombrero y todo lo que tenía por boca era una rendija despiadada y cruel. Se desprendía de él un repugnante olor a sudor y suciedad. Las ropas le colgaban como si fueran varias tallas mayores a la suya, a pesar de su corpulencia.

Ambos empuñaban revólveres y daban la sensación de saber qué hacer con ellos.

Witting gruñó:

—Cúbrelo tú mientras le registro...

Se apoderó de mí «38», que guardó en el bolsillo de su holgada chaqueta, y retrocedió unos pasos.

—Ahora podremos hablar sin impedimentos —ladró el grandote, moviendo el revólver amenazadoramente—. Usted es un tipo listo, Blake, así que se dará cuenta de su situación sin que tengamos que pintarle un cuadro. Siéntese en esa butaca.

Me dirigí a la que me señalaba y me hundí en ella sin despegar los labios, estudiando cada uno de sus rasgos. Me dije que, a pesar de ser el más grande de los dos y el de rostro más bestial, era también el menos peligroso a juzgar por su mirada.

La de Witting era fría y velada, como si hubiera una película acuosa y sucia ante los ojos. Una pareja ideal para esa clase de trabajos.

—Veo que lo toma con calma —farfulló Witting—. Siga así y

quizá no le hagamos demasiado daño.

—Cuando se cansen de recitar su papel —les espeté—, tal vez pueda enterarme qué demonios están buscando. Supongo que fueron ustedes los que anoche destrozaron mi casa también...

A pesar de que yo ya sabía eso, quería ver cuál era su juego. El grandullón no pudo evitar una risa que pareció surgir de las profundidades de un pozo.

—Hicimos un buen trabajo, ¿eh, Blake? Apuesto que puso furioso.

—Sólo imaginé que un par de bestias sin seso habían pasado por aquí. Ahora veo que acerté.

Dejó de reír de golpe y avanzó un paso.

—¡Repita eso! —bramó el grandote.

Witting soltó una maldición y gruñó:

—¡Estate quieto, maldita sea! Le estás haciendo el juego sin darte cuenta.

El gorila se detuvo, pero noté sus deseos de aplastarme. Fue el otro quien hizo la primera pregunta:

—¿Dónde está la chica, Blake?

Simulé un asombro completo y total.

—¡Ésta sí que es buena! —exclamé—. No me digan que revolvieron hasta los armarios en busca de una mujer. ¿Dónde creían que podía estar escondida, en un cajón?

—Cierre el pico. No la buscábamos a ella sino que... —calló repentinamente, masculló algo incomprensible y añadió—: Ahora sólo díganos dónde está y le dejamos en paz.

—No sé de qué chica están hablando siquiera. O se han vuelto locos o no saben dónde tienen la mano derecha, muchachos.

Witting era el que estaba más cerca de mí. Se movió con una fría seguridad escalofriante, igual que una serpiente, y su revólver me golpeó en un lado de la cabeza. Por poco no me arrojó fuera de la butaca, con lo que demostró que sí sabía dónde tenía la mano derecha.

—Ya ve que no bromeamos, Blake —silbó entre dientes—. Vamos a obligarle a hablar y no nos importa cómo tengamos que conseguirlo.

Me pasé los dedos por el lugar donde su revólver había arrancado una tira de piel. Me dolía como un infierno y los retiré

sucios de sangre y cabellos. Comencé a pensar que había sido demasiado cándido al darles tantas ventajas.

—Están locos —repetí—. No sé nada de ninguna muchacha. ¿Qué les hace creer que la tengo escondida?

El otro avanzó hasta colocarse frente a mí agresivamente.

—Nosotros hacemos las preguntas, *fisgón* —gritó—. Ella estuvo aquí y se puso de acuerdo con usted. ¿No es cierto?

—¿Quién es ella?

Esta vez fue el grandullón el que me cazó con un puñetazo de abajo arriba. Fue un buen trastazo que me levantó de la butaca lanzándome por encima del respaldo de manera que aterricé de cara al otro lado.

Noté una oleada de dolor inundarme el cerebro, doliéndome y haciendo que un velo rojo se extendiera delante de mis ojos.

Me incorporé penosamente con ayuda de la derribada butaca. Tras no pocos esfuerzos logré enderezarla y dejarme caer sentado en ella de nuevo.

De alguna parte remota saqué voz suficiente para hacerme oír.

—No sé de dónde han sacado la estúpida idea, hijos de perra —les espeté rechinando los dientes—, pero aquí no ha entrado una mujer desde hace por lo menos un mes...

—Si le gusta recibir... —amenazó el gordo, disponiéndose a golpearme otra vez.

Pero Witting lo detuvo en el último instante, cuando ya casi estaba sobre mí.

—Espera —gruñó—. Quizá sea más fácil si se da cuenta que no puede engañarnos.

—Tonterías. Déjame darle un buen repaso y hablará más que un locutor de radio.

Witting no le hizo caso y siguió dirigiéndose a mí.

—La otra noche vino aquí —explicó con voz tensa—. Iba casi desnuda y calzaba unas zapatillas de raso sin talón. *Okey*, encontramos una de esas chinelas ahí fuera, cerca del porche. Debí perderla cuando se acercó a la entrada. ¿Se convence ahora de que vamos sobre seguro, Blake?

—Me convenzo de lo estúpidos que son —repliqué—. Dando por cierto lo que dice, ella pudo atravesar mi jardín y perder una zapatilla, sobre todo si andaba huyendo de un par de fenómenos

como ustedes. Pero si fue así no se acercó a mi puerta siquiera... sino que continuó corriendo hacia la calle.

Eso pareció preocuparles un poco, hasta que el grandullón masculló:

—Está tratando de embrollarnos. Lo único que ella debía buscar era ayuda y vino aquí, seguro.

—Bueno, pero ¿quién era ella?

Witting carraspeó.

—Eso no le importa. ¿Dónde le aconsejó usted que se escondiera?

Estaba a menos de un paso de mí, blandiendo el revólver como si se sintiera impaciente por machacarme el cráneo con él. El grandullón se había apartado a un lado, como dejándole la iniciativa, de manera que si tenía que hacer algo debía darme prisa antes de que pudieran arrebatarme el resto de mis energías.

Entonces añadió:

—Debemos encontrarla a toda costa, Blake, y no nos detendremos si tenemos que matarlo para conseguirlo. Lo malo para usted es que morirá despacio, dándose cuenta de cuán idiota es el mantener cerrada la boca...

Tensé todos mis músculos, calculando distancias de manera que pudiera cazarle la mano armada y retorcérsela antes que los dos salieran del estupor inicial del ataque.

Y entonces sonó el teléfono y mis nervios tensos dieron un salto y se relajaron repentinamente, impidiéndome atacar en el último segundo.

Ellos también sufrieron un sobresalto al escuchar el estridente repiqueteo, hasta que Witting reaccionó y me señaló con el cañón del revólver.

—Vigílalo —ordenó—. Yo veré quién llama.

Descolgó el teléfono y soltó un gruñido. Escuchó y vi cómo se ponía tenso.

—Witting al habla —dijo después con tono sumiso—. Sí, está conmigo... tenemos a Blake y...

Calló cuando el auricular emitió una sucesión de vibraciones, rápidas y violentas, y tan estridentes que llegaron perfectamente hasta mi oído, aunque sin entender las palabras. Su comunicante debía estar gritando furiosamente para que el aparato vibrara de tal

manera.

La andanada duró casi un minuto, durante el cual Witting pareció perder estatura. Dos o tres veces intentó meter baza, pero el alud de gritos se lo impidió, hasta que por lo visto a su interlocutor le faltó el aliento y pudo balbucir:

—Lo estábamos intentando ahora... Seguro que hablará, sólo es cuestión de «suavizarlo» y...

De nuevo, aquella especie de ametralladora verbal abrió fuego y le cortó la voz, pero en esta ocasión la ráfaga duró menos tiempo. Tan pronto cesó, Witting dijo:

—Está bien, está bien, entiendo.

Colgó y se volvió hacia nosotros, mirándonos como si no nos viera. El gorila indagó:

—Bueno, ¿qué pasa ahora?

—Ed dice que lo dejemos —tartajeó Witting, con evidente disgusto.

El grandullón desorbitó los ojos.

—¿Dejarlo? —exclamó—. ¿Estás loco?

—Díselo a él cuando lleguemos. La orden es ésa: dejar en paz a Blake porque no sabe nada de nada.

—Esto es lo único sensato que han dicho ustedes en todo el tiempo —intervine, enderezándome en la butaca—. Lárguense de aquí de una maldita vez, basura.

Ni siquiera hicieron caso del insulto, tan estupefactos estaban. Por fin, el gorila se encogió de hombros y se la mentó:

—Precisamente cuando esto comenzaba a ser divertido...

—Mi revólver, hermano —le recordé a Witting—. No vaya a llevárselo cuando se vaya.

Lo sacó del bolsillo, vació el cilindro, arrojando los cartuchos a un extremo de la salita, y lo dejó sobre la mesa.

—Ha estado de suerte —masculló—. Pero quizá volvamos a vernos, Blake.

—Seguro, y entonces seré yo quien tenga los triunfos en la mano.

Retrocedieron hacia la puerta sin replicar. Tan pronto estuvieron fuera de la estancia salté hacia el rincón donde habían caído los proyectiles y tomé dos solamente, lanzándome acto seguido hacia el revólver. Estaba corriendo hacia la puerta antes de haber

introducido las dos balas en el cilindro, cosa que hice sobre la marcha.

Desde el porche vi sus siluetas descendiendo las escaleras a paso de carga, rumbo a Viewsite Terrace. Levanté el arma en el momento en que doblaban un recodo y desaparecían detrás de un macizo de arbustos.

Esperé, pero estaba demasiado oscuro para distinguir bien. No obstante, percibí el movimiento de sus sombras un poco más abajo; así que tiré del disparador. El percutor cayó sobre una recámara vacía, pero al segundo intento resonó el estampido y el eco de las cercanas colinas lo repitió hasta perderse en la distancia.

No respondieron al fuego, pero oí una maldición cuando echaron a correr desesperadamente. Todavía les mandé un segundo balazo, sabiendo que era inútil gastar balas en la oscuridad y con los tipos en movimiento.

Segundos después, un poderoso motor rugió abajo, la calle, y se alejó a toda velocidad.

Volví adentro mascullando maldiciones contra la pareja, aunque sintiéndome razonablemente seguro de que volvería a tropezar con ellos tarde o temprano. Entonces ajustaríamos cuentas...

De todas formas, sabía ya que el fulano que los manejaba se llamaba Ed. Algún día sabría más de él sin duda. Lo que resultaba incomprensible, después de la manera como se había desarrollado el ataque, era que les hubiera ordenado dejarme en paz.

¿Habrían dado ya con la muchacha?

Esa idea me dio escalofríos.

CAPÍTULO IV

Morton Brett, el marido de la dama que yo debía encontrar, era un tipo que repelía a primera vista. Después, cuando uno lo trataba más a fondo, daba náuseas, así que no me simpatizó en absoluto cuando lo vi a la mañana siguiente.

Tendría treinta años, era alto y musculoso y lucía una cabellera tan larga que habría podido ponerse rizadores sin dificultad. Tenía unas facciones blandas y amorfas en contraste con la fortaleza de su cuerpo. Los ojos pálidos y sin expresión acababan de hacerlo repugnante.

—No sé nada de mi mujer —gruñó después de mis primeras preguntas—. Considero que el viejo ha cometido una estupidez al contratarlo a usted para buscarla. Cuando se canse de portarse como una zorra, regresará pidiendo clemencia.

—¿Es eso lo que hizo las otras veces que se marchó?

—Exactamente.

—Pero en esas ocasiones sólo estuvo ausente un par de días, ¿no es así?

—Seguro, pero tal vez ha encontrado a alguien más sugestivo ahora y su romance durará más tiempo.

—¿Quiere decir que cuando desaparece no lo hace sola?

—¿Usted qué cree? ¡Claro que no! Está chiflada, ¿sabe? Es una especie de ninfomaníaca, eso es lo que es.

—Ya veo. No obstante, a usted no parece preocuparle mucho lo que ella haga por ahí, ni con quién lo haga.

—No sea idiota. ¿Quién soy yo para reprocharle nada a la princesa?

—Tenía entendido que era su marido —deslicé con sarcasmo.

—Oh, seguro —replicó sin irritarse—. Pero no paso de príncipe consorte, compañero. Ella es la dueña de todo, absolutamente de todo.

—¿También del dinero?

Me miró de través.

—De todo el dinero.

—Ya usted le gustaría meter mano en ese dinero, ¿no es cierto?

—No me gusta la manera como lo dice.

—Pero es la verdad. ¿O no?

—¿A quién no le gustaría hundir las manos hasta el codo en una fortuna? Pero no siga por ese camino, Blake, o como se llame.

—Volviendo a su mujer, ¿se llevó el coche las veces anteriores que se marchó?

—Seguro.

—Pero ahora lo dejó aquí, ¿eh?

—Sí. Quizás el galán de turno poseía su auto propio y consideró que no le necesitaba.

—Según me dijo míster Prescott, ella suele inscribirse en un hotel con nombre supuesto cuando desaparece. ¿Lo ha comprobado usted alguna vez?

—No, nunca. La propia Jane lo ha contado después.

—¿Les ha dicho también en qué hoteles se alojó en esas ocasiones?

—No. Oiga, lárguese de una vez, ¿quiere? No sé nada de ella ni quiero que nadie meta la nariz en nuestros asuntos. Cuando Jane vuelva habrá una escena de gran *guiñol*, se sentirá generosa y firmará un cheque muy suculento para borrar la tormenta, y todo será otra vez igual que antes, de manera que déjeme en paz.

Me levanté, dominando a duras penas los deseos de arrancarle su hermosa cabellera, y me largué de allí con una viva sensación de asco. ¡Vaya tipo!

Empleé el resto del día visitando a las amistades de la desaparecida, siguiendo el orden de la lista que me facilitara míster Prescott. No obtuve ningún resultado, así que al atardecer me encontraba igual que al principio, pero cansado y aburrido, de manera que decidí tomar unos tragos en el tugurio de Gosier para despejarme.

Por alguna razón desconocida, Wilkie Randall no estaba allí, cosa que celebré. Tampoco el teniente Curtis dio señales de vida durante la hora larga que permanecí acodado en el mostrador. Pero en el momento en que me disponía a abandonar el local apareció

andando apresuradamente y casi tropecé con él en la puerta.

—He supuesto que te encontraría aquí —gruñó—. Me he cansado de llamarte a tu despacho y a casa, Larry. ¿Dónde has estado?

—Dando vueltas. Tengo un trabajo, aunque no he adelantado nada. ¿Qué pasa, has capturado a mis asaltantes?

—Todavía no. Vamos a mi oficina, quiero mostrarte algo que acabo de recibir.

Lo seguí un tanto intrigado. Su expresión ceñuda no era la habitual en él cuando hablaba conmigo, de manera que imaginé debía tratarse de algo serio cuando parecía tan preocupado.

Lo que quería que yo viera no era más que una cartulina rectangular, de color verde y manchada de grasa. Lo que la hacía interesante era que llevaba mi nombre garrapateado con bolígrafo sobre una línea de puntos. También ostentaba mi dirección de Robin Drive, y la matrícula de mi auto escrita en un ángulo.

—Eso te pertenece, ¿no es cierto? —inquirió Curtis.

—Seguro. Es un boleto del garaje. Creo recordar que corresponde a una reparación que efectuaron en mi coche hace un par de semanas.

—¿Dónde guardabas ese boleto?

—Caray, Lynn, no lo recuerdo. El mecánico que me trajo el auto debió dejarlo en alguna parte... tal vez en el garaje.

—He hablado con ese mecánico, Larry —soltó entre dientes—. Recuerda que te entregó el boleto y que tú lo metiste en un bolsillo de la camisa a cuadros que llevabas puesta.

—¿Has interrogado al mecánico? —exclamé, estupefacto—. ¿Qué demonios significa todo esto, Lynn? No puedo creer que ese boleto sea tan importante.

—Lo es. Y ahora dime si recuerdas qué hiciste con él.

—Si el mecánico dice que lo guardé en el bolsillo supongo que será verdad. Es una camisa a cuadros, vieja, que suelo utilizar cuando arreglo el jardín o limpio el coche, junto con unos pantalones gruesos de vaquero.

—Ya lo imaginaba. ¿Dónde sueles guardar esas prendas, Larry?

—Hombre, donde suele guardarlas todo el mundo, en el garaje, colgadas de un clavo en la pared. ¿Quieres decirme ahora qué demonios significa todo esto?

Cuando se disponía a replicar, alguien golpeó la puerta y entró sin esperar autorización. El recién llegado era un hombre de unos cuarenta años, cabellos salpicados de gris y mentón pronunciado. Llevaba unos papeles en la mano, que depositó sobre la mesa, diciendo:

—Creo que eso le interesa, teniente, aunque no le haga feliz. Acaba de llegar en este momento.

—¿De qué se trata, sargento?

—De los diamantes robados en la joyería *Ferdy's* hace seis meses.

Curtis se abalanzó sobre los papeles ávidamente, olvidándose de mí por unos momentos. Leyó el informe con rapidez y antes de terminar dejó escapar una especie de gemido.

—Lo sospechaba —gruñó—. No podían desembarazarse de ellos en el país...

El sargento guardó silencio por unos segundos. Luego comentó:

—De momento, sólo han aparecido tres piezas en Ámsterdam, teniente...

—Eso no es ningún consuelo, Todo el lote debe haber sido vendido en distintas partes de Europa, lo cual quiere decir que si han logrado sacar del país esos diamantes, también habrán sacado todas las demás joyas robadas en los distintos asaltos... ¡Condenación!

Lanzó los papeles a través de la mesa, desesperado, Comprendí que era un rudo golpe para la policía el que aquellos dos millones de dólares en joyas, robados en un corto espacio de tiempo, hubieran logrado burlar las fronteras, esfumándose en Europa.

El sargento recogió los papeles, gruñó algo como despedida y abandonó el despacho huyendo de la tormenta.

Al cabo de un par de minutos, Lynn se enderezó en su asiento.

—Muy bien —masculló—. Eso levantará un buen griterío en los periódicos cuando trascienda. Al diablo con ello.

—No vas a salir muy bien parado de esto, Lynn —comenté con simpatía.

—¿Crees que no lo sé? Pero no puedo hacer nada para impedirlo, por lo menos de momento. Volvamos a ese boleto tuyo. Larry.

—¿Quieres decirme de una vez por qué es tan importante y

cómo ha llegado a tus manos? Tengo la impresión de que quieres jugar al ratón y al gato conmigo, y ése es un juego que no me gusta en absoluto.

Se levantó, rodeó la mesa y gruñó:

—Lo sabrás dentro de unos minutos. Vamos, acompáñame.

Quise preguntarle adonde diablos pensaba llevarme, pero a juzgar por su ceñuda expresión no estaba para bromas, de manera que me limité a andar a su lado.

Salimos a la calle, me obligó a subir a su coche y él condujo sin despegar los labios, y sin hacer tampoco el menor caso de mis sarcásticos comentarios respecto a su locuacidad.

Comencé a preocuparme realmente cuando vi el lugar en que aparcaba el auto, y la dirección que tomaron sus pasos después, siempre conmigo pegado a sus talones.

El edificio al que me llevó era la *Morgue*, ni más ni menos.

Me hizo esperar mientras hablaba con el encargado y luego un empleado enfundado en una bata blanca nos guió hasta las dependencias interiores. Mi estómago empezó a encabritarse con el hedor del formaldehído y los demás olores que flotaban en el aire como miasmas, asépticas si se quiere, pero desagradables.

El tipo que nos servía de guía nos condujo por un largo pasillo, después atravesamos la sala donde estaban instalados los inmensos frigoríficos, en los que se conservaban tiesos los cadáveres, y finalmente empujó una puerta de grueso cristal opaco.

Aquello era una sala de regular tamaño en la que se alineaban hasta cuatro mesas de mármol, bajo grandes lámparas que entonces estaban apagadas. La única luz reinante procedía de dos tubos fluorescentes y era suficiente para crear una claridad lechosa y espectral.

Dos de las mesas estaban ocupadas por sendos cuerpos cubiertos por sábanas. El tipo de la bata blanca se acercó a uno de los bultos, esperó a que estuviésemos junto a él y entonces descorrió súbitamente la sábana.

Me encontré mirando el cuerpo desnudo de una mujer de unos veintiún años, quizá algunos menos. Era una chiquilla de rara belleza, en cuyo rostro la muerte había impreso una expresión de paz asombrosa. Alguien se había tomado la molestia de cerrarle los ojos, de manera que daba la sensación de dormir beatíficamente.

Su cuerpo resultaba magnífico, tal vez más desarrollado de lo normal para su edad.

Lynn Curtis gruñó junto a mi oreja:

—¿La reconoces, Larry?

Tragué saliva con dificultad. Aquel ambiente enervaba mis nervios.

—No la he visto nunca —afirmé—. ¿Quién es?

El empleado corrió la sábana y el cuerpo desapareció de mi vista. Fue un consuelo.

—¿Estás seguro de no haberla visto alguna vez, muchacho? —insistió el teniente.

—Completamente seguro. No podría olvidar a una chiquilla como ésa si alguna vez hubiese tenido algo que ver con ella.

—¿La has visto bien, Larry? Si es necesario puedes examinarla más tiempo.

—Descorre otra vez esa sábana y comenzaré a chillar. ¿De qué ha muerto?

—Dos balazos en la espalda.

—Salgamos de aquí.

Fui el primero en abandonar lo que en su jerga los médicos y sus ayudantes llamaban el «desolladero». Curtis me siguió en silencio, firmó una tarjeta que le presentó el empleado y al fin quedamos solos en el vestíbulo.

—Ahora, maldita sea tu estampa —le espeté—, dime qué tengo que ver con esa pobre chica o tendrán que tumbarte en una de esas mesas de mármol.

—Tómalo con calma. La cartulina verde con tu nombre y dirección apareció en poder del cadáver cuando fue descubierto. Y también supongo que son tuyas las prendas de ropa que vestía: un pantalón grueso de vaquero, sucio de grasa, y una camisa a cuadros, en cuyo bolsillo estaba la tarjeta del garaje.

Fue como si un rayo hubiera caído a mis pies dejándome paralizado de estupor. En un segundo comprendí por qué había aparecido la *negligée* en mi porche, y también comprendí que su dueña jamás podría volver a reclamarme la suave prenda, como había prometido por teléfono.

—¿Cuánto tiempo hace que ha muerto? —pregunté con voz sorda.

—No más de doce horas cuando la trajeron aquí. Hemos calculado que fue asesinada entre las cinco y las seis de la madrugada... ¿Por qué lo preguntas?

No le respondí. Estaba pensando en los dos matones que me habían atacado la noche pasada y la súbita interrupción ordenándoles dejarme libre. El que les dio la orden debió recibir noticias del paradero de la muchacha, así que mandó a sus asesinos para acabar con la chica en lugar de vapulearme a mí...

—Estás muy preocupado, muchacho —comentó Curtis con excesiva frialdad—. ¿Es que tu memoria despierta ahora?

Me enderecé de golpe, con un incomprensible sentimiento de rebeldía.

—Tus sarcasmos no sirven de nada conmigo —le espeté—. Jamás he visto a esa pobre niña antes de ahora. Si es cierto que llevaba mis ropas, es que debió quitármelas del garaje en cualquier ocasión. Hace más de una semana que no las he utilizado, de manera que es lo único que se me ocurre para explicar semejante hecho. Por lo demás, no creo que seas tan estúpido como para pensar en serio que estoy complicado en ese crimen.

—No sé qué pensar, ésa es la verdad, Larry. Tú dijiste algo sobre una dama que perdió su camión, hace algunas noches. Podría tratarse de esa que hay ahí dentro...

—Como podría tratarse de otras cuatrocientas siete mil. Aquello fue una manera de hablar, algo así como una expresión figurada para entusiasmar a Wilkie Randall y su mente obscena.

—Espero que estés diciendo la verdad por tu propio bien. Vamos a investigar todos los posibles ángulos de este asesinato, y no me gustaría que aparecieras complicado de una forma o de otra, en ningún aspecto. Espero que sepas apreciar debidamente mi posición.

—No tienes por qué inquietarte, estoy al margen de eso. ¿Qué te parece si vamos a tomar un trago? Ese condenado olor a desinfectantes me revuelve el estómago.

Me acompañó hasta el bar más próximo, donde pedí un *whisky* para él y una ginebra con limón y hielo para mí. Cargado con las dos bebidas fui a sentarme a su lado, en torno a una mesita.

—¿No sabes nada sobre la chica, nadie la ha identificado todavía?

Mi pregunta pareció arrancarle de sus profundas meditaciones.

—Nada en absoluto. Estaba alojada en un parador y allí fue encontrada.

—¿Quién la encontró?

—El encargado de noche. Oyó los tiros, pero no se le ocurrió que lo eran hasta que hubo pensado sobre los estampidos un buen rato. Primero pensó que eran explosiones del escape de un camión, pero después cayó en la cuenta de que no había pasado ninguno en un largo espacio de tiempo y se despertó su suspicacia, así que inició un recorrido de inspección por las cabañas diseminadas entre los pinos. En la única que vio luz fue en la que ocupaba la chica, atisbó por la ventana y la vio tirada en el suelo, sangrando.

—Entonces debes saber la hora exacta del crimen...

—No, porque el fulano no miró el reloj cuando oyó los estampidos, ni puede fijar el tiempo que transcurrió hasta que descubrió el cuerpo. No obstante, le dispararon después de las cinco de la mañana y antes de las seis menos cuarto. El forense coincide con esas horas, incluso antes de efectuar la autopsia.

—¿Qué hay del acompañante de la muchacha? Una chica de esa edad no se inscribe ella sola en un parador de carretera, Lynn.

Me miró por el rabillo del ojo y refunfuñó:

—¿Qué demonios es eso, intentas interrogarme acaso?

—Caray, ella llevaba mis ropas, y esa tarjeta del taller donde repararon mi auto. Es lógico que me interese el caso.

—Tal vez. Es cierto que había un acompañante, un joven de unos veinticinco años. La pareja llegó al parador alrededor de las ocho de la noche, hace dos días. Él efectuó la inscripción con el nombre de Joe Tevis y esposa.

—¿Dónde está ahora ese chico?

Se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe... El encargado lo vio marchar a la mañana siguiente. Dice que la muchacha fue a comprar provisiones en la tienda del parador y que parecía nerviosa y asustada, aunque manifestó que su marido había tenido que ir a la ciudad por asunto de negocios y que estaría de vuelta por la noche. Pero no volvió.

—Joe Tevés... No suena muy bien, ¿no te parece?

—Es un nombre falso sin duda alguna. Esa chica era soltera.

—Y llevaba mis ropas —rezongué, desconcertado—. No lo

entiendo. Debía tener otros vestidos...

—Sólo el que llevaba puesto cuando llegó, y que era el mismo que utilizó para ir de compras. Un sencillo vestido azul sin adornos, según lo ha descrito el encargado.

—No tiene pies ni cabeza.

Realmente, a mi modo de ver no los tenía. Si ella tenía ya un vestido de mujer normal y corriente, ¿por qué volver a ponerse las prendas que se había llevado de mi garaje cuando abandonó su llamativa *negligée*?

—¿En qué parador se inscribieron? —pregunté repentinamente.

—En el *Green Pine*, de la 101...

—Esos paradores acostumbran tomar nota de la matrícula de los coches, Lynn. Si lo hicieron con el de la pareja puedes seguirle la pista.

—¿Crees que necesito tus lecciones para hacer de policía? El coche era alquilado. Fue devuelto durante la noche y el tipo que lo alquiló dio el mismo nombre que en el parador: Joe Tevis. Pero recuerda que cuando devolvió el coche la muchacha estaba viva todavía, de manera que si supones que volvió debió hacerlo a pie o en taxi, cosa muy poco probable tratándose de alguien que se dirige a cometer un asesinato.

—Yo no supongo nada. Solamente estoy dando satisfacción a mi curiosidad natural. Me intriga cómo esa chiquilla apareció con mis ropas.

—También a mí —rezongó de mal humor—. Acaba tu bebida, Larry. No puedo estar aquí toda la tarde sólo para satisfacer tu curiosidad.

Apuré la ginebra, encendí un cigarrillo y abandonamos el bar en silencio. Poco más tarde, me encontraba a bordo de mi propio coche, parado a un lado de la calle y con el cerebro trabajando a toda presión.

Nada de lo que pensé era agradable, así que puse en marcha el motor y lancé el auto en busca de la ruta 101. Era una noche cálida y me pareció demasiado pronto para ir a casa...

Tal vez tuviera suerte si desperdiciaba un poco de mi tiempo.

CAPÍTULO V

El encargado de noche del parador era un hombrecillo escuálido, de ojos vivos y rostro astuto, con expresión de saber todas las respuestas de antemano. Quizá después de años de regentar un lugar como el *Green Pine* cualquier tipo estaría de vuelta de cualquier parte.

Cuando detuve el auto frente a la oficina, la cabeza calva del encargado asomó por la ventana y escrutó el interior del coche en busca de mi pareja. A juzgar por la expresión de su cara, no le gustó nada verme llegar solo.

Cuando estuve junto a la ventana, que servía al mismo tiempo de mostrador de recepción, para llamarlo de alguna manera, rezongó desabridamente:

—¿Otro policía?

—A medias —dije—. Soy detective privado.

—¡Jesús! Peor todavía —gimió—. Era lo único que me faltaba para redondear el día.

Saqué la fotografía de Jane Brett y la deposité sobre el pequeño mostrador.

—Ando buscando a esta mujer, compadre. Hay cien dólares para quien me facilite una pista, así que usted verá si le conviene atenderme o no.

—¿Cien pavos? —murmuró, interesado repentinamente.

—Ajá.

Se caló unas gafas de gruesos cristales y hundió la cabeza hasta casi tocar la fotografía con la punta de la nariz. La estudió largo tiempo, con todo detalle. Finalmente, levantó la cabeza, se quitó los lentes y me miró, desalentado.

—Lo siento —dijo en todo lacrimoso—. Jamás la he visto. ¡Cien dólares que me pierdo, maldita sea!

—¿Está seguro?

—Sin la menor duda. Jamás olvido una cara, especialmente si es tan hermosa.

Yo no había esperado que hubiera visto a la sobrina de mi cliente, sólo había utilizado la foto como pretexto para entablar contacto. Saqué un cigarrillo, le ofrecí uno y ambos encendimos como buenos amigos. Después de las primeras chupadas al cigarrillo, inquirí:

—¿Qué le ha pasado hoy, amigo? Parecía muy disgustado con la policía cuando me ha visto llegar.

—Me han vuelto loco, palabra. Y todo porque algún hijo de perra ha matado a una chica en una de las cabañas.

—¡Caray, un crimen! —exclamé.

Mi asombro fue un acicate para él, de manera que dio rienda suelta a un alud de lamentaciones y me contó a grandes rasgos lo que yo ya sabía por el teniente.

—Y esos polizontes parecían creer que era yo quien se había cargado a la muchacha —terminó amargamente.

—La policía siempre actúa así —dije con simpatía—. Lo más extraño a mi modo de ver es que el acompañante de la chica se fuera dejándola plantada. ¿Es que no era linda?

—¿Linda? Una preciosidad, lo crea usted o no. Pero imagino que surgió una disputa entre los dos y el tipo se largó. Quizá vio que no podría conseguir lo que se había propuesto, usted comprende.

—Muy probable. ¿Y la policía no tiene ninguna pista del muchacho?

—No lo creo. Por lo que he logrado entender, el coche que llevaba había sido alquilado con el mismo nombre que dio aquí.

—Un nombre falso, claro... Sería interesante saber si la chica le llamaba por ese nombre también...

—Ahora que lo menciona —exclamó, abriendo los ojos ante su repentino descubrimiento—, ella mencionó un nombre distinto...

Agucé el oído.

—¿Cuándo fue eso?

—En la tienda, mientras compró lo que necesitaba para el día. Le pregunté por su «marido» y se puso muy nerviosa... Entonces fue cuando mencionó el nombre, diciendo que volvería a la noche...

—¿Y qué nombre fue ése, lo recuerda?

—Espere... Sí, dijo algo así poco más o menos: Batsy volverá al

atardecer. Ha tenido que trasladarse a la ciudad por negocios y estará ocupado todo el día.

—Batsy —mascullé—. Igual puede ser el nombre que el apellido. ¿No les dijo eso a los policías?

—No se me ocurrió, ni ellos lo preguntaron. Sólo ahora lo he recordado. ¿Cree usted que debo llamarles y decírselo?

—Haga lo que la parezca, pero son capaces de creer que retuvo usted información intencionadamente y darle un disgusto.

Lo pensó durante unos segundos. Hizo una mueca y me sonrió:

—Creo que tiene usted razón —dijo—. Se nota que es un experto en estos asuntos. A propósito, ¿cómo se llama?

—Blake. Volviendo a ese crimen, ¿nadie vio si esa chica recibía a alguien en la cabaña, cuando el muchacho se hubo marchado?

—Que yo sepa no. Y la cabaña más cercana a la que ocuparon está separada por una barrera de árboles, de manera que no puede verse de una a otra.

—Es una lástima —aplasté la punta del cigarrillo en un cenicero que tenía al alcance de la mano, como dando por terminada la charla. No obstante continué—: ¿Llevaban mucho equipaje? Supongo que la policía se lo habrá llevado...

—Nada de maletas. Sólo encontraron un bolso de mano normal. O el tipo se largó con las maletas o vinieron aquí con lo puesto. Y eso es otro detalle raro... La chica estaba vestida con pantalones y camisa de hombre cuando le encontré muerta.

—¿Y su vestido?

—No sé qué se hizo de él. Supongo que los polizontes se lo llevarían, aunque no lo vi. Y no había ni documentos ni nada semejante en el bolso, pero contenía más de veinte dólares que nadie había tocado. Un asunto muy raro, se lo digo yo...

Saqué otra vez el paquete de cigarrillos y encendimos con la misma familiaridad de antes. El hombrecillo aspiró el humo con evidente placer y comentó:

—Yo siempre he dicho que la juventud de ahora está pérdida, míster Blake. Casi unos críos y ya se inscriben en un parador con toda la desfachatez del mundo.

—Eso es muy cierto. Si uno se detiene a pensarlo...

—¡Jesús! —exclamó, interrumpiéndome—. ¡Ahí está!

Vi que miraba por encima de mi hombro con ojos desorbitados,

así que giré sobre mis talones. Un coche acababa de detenerse al lado del mío y un hombre joven y esbelto estaba saliendo de él.

—¿Quién es ése? —indagué, adivinando la respuesta.

—El acompañante —siseó—. Joe Tevis.

Sentí un escalofrío, a pesar de haber esperado esa respuesta desde el instante que él había dejado escapar la primera exclamación.

Joe Tevis tendría unos veinticinco años, quizá uno o dos más. Era alto y delgado, pero fuerte y de movimientos equilibrados y seguros. Cuando se acercó distinguí su rostro y me agradó; era franco y de facciones varoniles, con ojos claros y boca firme.

Antes que llegara junto a nosotros dije en un susurro:

—No le diga lo sucedido. Déjemelo a mí y veremos qué le saco. ¿Es ése el coche que llevaba la primera vez que lo vio?

—No, es otro...

Era un *Cadillac* grande de color gris, cuajado de adornos cromados, un último modelo de seis mil dólares.

Dudé que lo hubiera alquilado.

El muchacho subió los tres escalones de madera y yo me aparté un poco, dejándole sitio en la ventana. Noté perfectamente cuán inquieto estaba cuando preguntó:

—Me recuerda usted, ¿verdad? Soy Joe Tevis y alquilé una cabaña hace tres días, con mi... mi esposa.

El encargado tragó saliva y asintió con un gesto. Afortunadamente, el chico estaba tan impaciente que no advirtió la forzada actitud del hombrecillo, de manera que prosiguió:

—¿Está aquí todavía mi esposa? No pude regresar antes y...

Entonces intervine con voz seca.

—Ella no está aquí, Joe. Ha tardado usted demasiado en volver.

Me miró, sobresaltado. Un ramalazo de temor asomó a sus pupilas.

—¿Quién es usted? —inquirió, esforzándose por aguantar el tipo.

—Policía —le espeté, mostrándole mi credencial, pero sin darle tiempo a examinarla con detalle—. Precisamente estaba preguntándome dónde estaría usted metido... Joe Tevis.

—¿Po... policía? —tartamudeó.

Asentí con un gesto y aguardé. El muchacho apartó sus ojos de

mí y los enfocó hacia el encargado, pero tampoco por aquella parte obtuvo ayuda alguna, así que acabó volviendo hacia mí su atemorizada mirada.

—No comprendo... ¿Qué ha pasado para que intervenga usted en esto?

—¿De veras no lo sabe?

—No, yo... En realidad quería regresar mucho antes. Comprendí que me había portado como un zorrino y... Pero eso no implica que la policía...

Calló, mejor dicho, su voz se extinguió como una vela en una corriente de aire. Nadie dijo una palabra durante unos segundos, lo cual acabó de destrozar su sistema nervioso.

Hasta que pareció comprender algo y exclamó:

—¡Ahora lo veo claro! Carola no pudo pagar el alquiler, ¿no es eso? Y usted llamó a la policía —se volvió hacia el encargado con expresión iracunda—. ¿Dónde está ella ahora? No me diga que la han detenido por no pagar...

—No está detenida —le atajé—. Veamos, para empezar, ¿cuál es su verdadero nombre, muchacho?

El temor subió de grado en su expresión.

—Escuche, no me gustaría que mis padres supieran nada de esto. Y menos los de Carola...

—Comprendo sus sentimientos, pero eso no responde a mi pregunta.

Se mordió el labio furiosamente. Estaba metido en un atolladero, pero ni siquiera sospechaba la clase de embrollo en que iba a caer de bruces.

Cuando habló su voz había descendido notablemente de tono.

—Deje que le explique, ¿quiere? —suplicó, y añadió sin esperar respuesta—: Amo a Carola y vamos a casarnos dentro de algunos meses. No sé qué me sucedió el otro día... creo que perdí la cabeza. Ella debía trasladarse a Grandville, a casa de una amiga suya para una fiesta. Iba a estar dos o tres días. Me ofrecí a llevarla en el coche. Después... Bien, un mal pensamiento me dominó. Alquilé un coche y la traje aquí, eso es todo.

—Así de sencillo, ¿eh? Ella iba a pasar unos días en casa de una amiga suya, en otra ciudad, y ni siquiera se llevó equipaje. ¿Por quién me toma, muchacho?

—¡Llevaba equipaje! —exclamó—. Estuvo todo el tiempo en el coche.

—¿Y usted se fue sin dejárselo a ella?

Se turbó más de lo que ya parecía.

—Estaba furioso en aquellos instantes. No lo recordé siquiera. Creo... creo que me sentía humillado, eso es. Carola, al principio, pareció tomar la cosa a broma, pero luego, cuando advirtió de qué se trataba, me abofeteó. No quiero recordar las cosas que me dijo, créame. Por eso me marché, medio loco de ira y humillación. Hasta que fui a devolver el coche no recordé el equipaje. Entonces lo escondí en el garaje de mi casa... y he pasado por un infierno hasta que me he decidido a volver por ella.

Había auténtica desesperación en su voz. No pude advertir nada en él que me hiciera dudar de su sinceridad. No obstante, insistí:

—Quizá esté diciendo la verdad. Ahora veamos cuál es su nombre.

—Batsy Horst.

—¿Es suyo el *Cadillac*?

—De papá. ¿Me dirá ahora por qué interviene usted en esto?

Miré al encargado, el cual desvió los ojos y fingió estar muy ocupado en retasar las anotaciones del libro de entradas.

—Creo que usted y yo debemos hablar con calma —dije evasivamente—. ¿Qué le parece si vamos a la cabaña?

Titubeó. El encargado siguió sin querer enterarse de nada.

—¿Está Carola allí? —quiso saber el muchacho.

—No.

—Bien... de acuerdo.

—¿Quién tiene la llave?

El encargado me la entregó sin despegar los labios. Los policías debían haber realizado su trabajo durante el día y ni siquiera habían sellado la cabaña, de manera que seguí al aturdido muchacho hasta ella. Abrí la puerta, encendí las luces y eché un rápido vistazo al interior.

Suspiré con alivio al ver que no quedaba rastro de la sangre que debía haber ensuciado el suelo de madera.

—Voy a hacerle un par de preguntas —le advertí—. Luego le contaré lo sucedido. ¿Conforme?

Asintió con un gesto. Sin darle tiempo a salir del aturdimiento le

espeté:

—¿Quién sabía que iba usted a venir aquí con la muchacha?

—Nadie. Sé que fue una idea sucia la que me empujó a traer a Carola a un lugar como éste, de manera que no hablé de ello con nadie.

—*Okey*. ¿Recibieron alguna visita mientras estuvieron aquí, juntos? Me refiero a algún vecino de otra cabaña que hubiera olvidado algo, o cosa así.

—En absoluto.

—¿Ni sucedió nada anormal?

—No comprendo a qué puede referirse.

Me di por vencido. Lamenté tener que darle semejante noticia, sobre todo si estaba realmente enamorado de la pobre chica, pero ya que me había metido en ello gratuitamente no me quedaba más remedio que apechugar con las consecuencias.

Entonces murmuró:

—Como no sea lo del muchacho...

—¿Qué muchacho?

Levantó la cabeza pesadamente.

—Había un chico junto al coche cuando salí para marcharme. Al verme escapó perdiéndose entre los árboles. Imaginé que se trataba de un pequeño ratero que pensaba desvalijarme el coche, pero en aquellos instantes ni siquiera le dediqué más de un pensamiento. Sólo quería largarme para huir de la humillación que acababa de sufrir...

—¿Recuerda como era ese chico?

—No pude verlo bien. Recuerde que eran las primeras horas de la mañana y los árboles son muy espesos aquí. Vi que era un muchacho delgado y ágil, eso es todo. Brincó entre los troncos y desapareció.

—¿No vio cómo iba vestido?

—No pude fijarme. Desapareció en unos segundos.

—Está bien, dejémoslo.

—Si ya está satisfecho, ¿quiere decirme qué ha sucedido? No comprendo nada de todo esto, ni sus preguntas... ¿Alguien presentó una denuncia o...?

—No se trata de una denuncia —dije hablando despacio, con la cabeza baja. Pero comprendí que no era ésa la actitud adecuada y le

miré recto a los ojos cuando dije—: En realidad, muchacho, tampoco soy policía, sólo detective privado.

—¿Qué?

—Me encontraba aquí por casualidad cuando usted ha llegado. Se levantó, pálido de coraje.

—¡Y ha estado ametrallándome a preguntas sin ninguna razón!

—Sí hay una razón. Y es endiabladamente mala.

Avanzó contra mí con los puños cerrados.

—Yo le enseñaré lo que debe hacerse con fisgones como usted...

No me moví. Sólo dije:

—Alguien asesinó a Carola, muchacho, después que usted la hubo dejado.

Todavía avanzó un paso más. Entonces se detuvo como si hubiera tropezado con un muro de ladrillos.

—¿Qué ha dicho? —susurró.

—Lo ha oído muy bien, Batsy. La muchacha que usted dejó aquí fue asesinada.

—Pero... pero si no es posible... No comprendo por qué lo hace usted... pero miente...

No dije nada, sólo le aguanté la mirada con firmeza. Esa actitud fue lo que le convenció de que yo decía la verdad y sus manos comenzaron a temblar violentamente.

El horror de la noticia asomó a sus ojos, se abrió paso hasta su mente consciente y, repentinamente, se desplomó sobre una butaca y escondió la cara entre las manos, rompiendo en sollozos.

Entonces descolgué el teléfono y hablé con el teniente Curtis. Había hecho por él mucho más de lo que podía haber esperado, de manera que el resto podía terminarlo la policía.

Sin embargo, seguía sin saber cómo demonios aquella desdichada Carola había abandonado su camisón en mi veranda, llevándose a cambio mis ropas sucias del garaje para cubrir su desnudez.

CAPÍTULO VI

Los periódicos de la mañana apenas si dedicaron un pequeño espacio al crimen del parador. Eso me chocó, por cuanto contenía los ingredientes necesarios para que los buitres como Wilkie Randall y los de su ralea se cebaran sobre el caso exprimiéndolo como un limón.

Alguien había asesinado a una linda muchacha, después de ser abandonada por el que, inexpertamente, había querido representar el papel de seductor. Había en el asesinato ese picante misterio más o menos sexual que tanto les gusta a los reporteros, aparte de todo lo demás.

Después pensé que las familias de ella y de Batsy Horst debían haber utilizado todas sus influencias para evitar en lo posible el escándalo, cosa que explicaba que ni siquiera aparecieran fotografías en el insulso reportaje.

Afortunadamente para los chicos de la Prensa, se había cometido otro sensacional robo de joyas, en el cual los ladrones habían levantado el vuelo con doscientos cuarenta mil dólares en pedruscos, de manera que eso les compensaba por el cerrojo impuesto en lo del crimen.

Y lo habían sabido explotar a fondo. Fotografías de la joyería asaltada, de la bóveda acorazada volada, del propietario de la joyería declarando... Y, por encima de todo ello, los vociferantes titulares poniendo a la policía de vuelta y media por su ineficacia en acabar con semejante racha de robos.

Tiré el periódico, tomé el café y me fui a la oficina, antes de iniciar otra ronda en busca de una pista de Jane Brett.

Encontré un par de cartas sin interés, un sobre conteniendo folletos de propaganda de unos muebles de acero a prueba de ladrones y una factura. Todo fue a parar a la papelera, y me disponía a salir cuando repiqueteó el teléfono.

Una voz conocida me llegó a través del auricular.

—Le he llamado varias veces esta mañana, Blake. Tengo malas noticias para usted.

Había sarcasmo en su tono.

—Muy bien, míster Brett, suéltelas antes que le envenenen la sangre.

Rió con burla.

—Ya no tiene que buscar a mi mujer, ¿sabe? Imagino que eso no le agrada nada porque le impedirá exprimir al viejo chocho de tío Prescott. Lo lamento mucho.

—Y un infierno lamenta usted, pero dejémoslo. ¿Ha regresado su esposa?

—No, sólo me llamó por teléfono anoche. Dijo que iba a volver un día de éstos, pero que todavía deseaba prolongar sus vacaciones. Así las llamó ella.

—Ya veo. ¿Lo sabe míster Prescott?

—Todavía no. He querido brindarle a usted las primicias de la noticia.

—Seguro. ¿No le preguntó usted con quién y dónde estaba?

—¿Para qué tendría que hacer eso? Dijo que había estado pensando mucho en mí, y que estaba decidida a recompensarme por los malos tragos que me obligaba a soportar. En lenguaje vulgar y corriente, eso significa que el cheque será más succulento que de costumbre, así que no tenía porqué interrogarla.

—Me pregunto si sus aditamentos frontales no le impiden pensar con sentido común, príncipe consorte. Cualquiera en su lugar habría intentado por lo menos saber dónde estaba ella.

—Oh, al diablo, fisgón. Sólo escuché su voz cuando mencionó lo del cheque, aunque no lo dijera claramente. El resto del tiempo resultó más divertido oír la música de fondo que sus graznidos de disculpa. Cantaba Sidney Kelton y es uno de mis cantantes preferidos.

—Está bien, gracias por molestarse en llamarme. Ahora cuelgue y yo desinfectaré el teléfono. Creo que su hedor a podrido ha llegado hasta aquí, compadre.

Soltó una carcajada, que corté al depositar el auricular en su soporte. Estuve unos minutos pensando en la conversación sostenida con la caricatura de marido de Jane Brett. Sólo encontré

una cosa de interés en ella, de manera que dejé de darle más vueltas al asunto y telefoneé a mi cliente.

Cuando conseguí comunicar con él le di cuenta de la novedad, con lo cual podía considerarme fuera del asunto.

Míster Prescott gruñó:

—No me fió mucho de ese bastardo, Blake. ¿Cree usted que ha dicho la verdad?

—No veo qué sacaría con mentir. Él es el primer interesado en que regrese su mujer, porque según entiendo ella es la única que puede facilitarle los cheques para sus gastos.

—Eso es cierto —murmuró.

—¿Debo considerar que rescinde su encargo, míster Prescott?

Tardó bastante en responder. Y cuando lo hizo su voz no era muy segura.

—No sé qué decidir... Claro que si ella está bien y es cierto que piensa volver uno de estos días...

Seguí callado, de manera que le obligué a tomar una determinación. Entonces dispuso:

—Mire, Blake, déjelo correr. Esperaré a ver en qué para esto. Pero como creo que le he causado muchas molestias puede quedarse la totalidad del anticipo. ¿Le parece bien?

—Perfecto si eso es lo que usted quiere. De todas formas, llámeme si algo va mal, míster Prescott.

—Así lo haré. Y gracias, Blake.

Colgó. Casi creí oír un suspiro de alivio al otro extremo de la línea.

Bueno, estaba otra vez sin trabajo, pero con quinientos dólares ganados en un par de días. No podía quejarme, aunque todo aquello me había dejado un gusto amargo en la boca, como si hubiera clavado los dientes en un pescado podrido.

Tal vez el pescado se llamaba Morton Brett y lucía una larga cabellera casi femenina. Su solo recuerdo me revolvía el estómago.

Volví a colgar la chaqueta en el perchero, aflojé la corbata y eché el respaldo del sillón hacia atrás, apoyando los pies sobre la mesa. Iba a ser un día largo y tedioso, a menos que sucediera algo.

Creo que, aplastado por el calor, dormité a intervalos. Incluso tuve pesadillas, en las que surgían saltos de cama de color verde esmeralda por los lugares más inverosímiles. Todos eran idénticos al

que yo tenía escondido en mi colchón, con sus primorosos encajes, su tacto suave como un jirón de niebla y sus doradas iniciales:

J. M.

Desperté tan bruscamente que estuvo en un tris que no aterrizara fuera del sillón.

¡J. M.!

Ésas eran las iniciales del tenue camisón verde esmeralda.

No obstante, el nombre de la muchacha muerta era Carola Win. ¿Cómo demonios era posible? Las iniciales no correspondían en absoluto, a pesar de estar convencido que se trataba de la misma mujer, ya que era Carola quien había aparecido con las prendas de ropa que había encontrado en mi garaje, y que cambió por la *negligée* para llamar menos la atención...

Las ruedecillas de mi cerebro empezaron a girar locamente. Temí que incluso pudiera oír algún chirrido si algo se interponía en sus raudos engranajes.

Comencé a preocuparme también por otro detalle al que apenas había prestado atención hasta entonces. ¿De dónde venía la muchacha, llevando solamente sobre su cuerpo el camisón y unas chinelas abiertas?

Estuve rumiando este nuevo ángulo del fascinante misterio, pero tampoco llegué a ninguna conclusión. Las casas estaban lo bastante distanciadas donde yo vivía para que nadie se diera cuenta de lo que sucedía en la vecindad; no obstante, si de cualquiera de ellas hubiese escapado una mujer casi desnuda imagino que sus familiares habrían pasado toda la colina por un tamiz.

¿Y dónde entraban los dos matones en semejante negocio?

Era para volverse loco, así que dejé de devanarme los sesos, tomé la chaqueta y me lancé a la calle en busca de un lugar fresco donde comer.

Antes de entrar en un restaurante cercano a la oficina, me detuve en el kiosco de la esquina y compré la revista *Essay*, un semanario dedicado exclusivamente a los espectáculos, desde los más encumbrados hasta los que tenían por escenario los chamizos infectos de los bandos extremos y los muelles.

Comí con apetito, encendí después un cigarrillo y me dediqué durante un rato a leer la revista. No fue difícil encontrar lo que buscaba.

El cantante Sidney Kelton actuaba en *The Dance*, un *cabaret* de moda enclavado en la carretera de la costa, y cuyo propietario era un individuo llamado Keverne. En otro tiempo Keverne había tenido sus más y sus menos con la ley, y un par de veces había acudido a mí, siendo ya un respetable hombre de negocios, para que le sacara las castañas del fuego en otros tantos líos en que se metiera a causa de su turbulento pasado.

Claro que el melenudo Morton Brett podía haber escuchado la voz del cantante procedente de un disco, pero si no era así quizá pudiera proporcionarle más de un quebradero de cabeza. Tal vez así pudiera librarme de la molesta sensación de náusea que me asaltaba cada vez que lo recordaba.

Como el *cabaret* no abría sus puertas hasta la noche, dediqué algún tiempo a buscar al teniente Curtis, pero me dijeron que estaba muy ocupado y que nadie sabía cuándo estaría de regreso en la Central.

Después de ese fracaso me largué al tugurio de Gosier, donde pude encontrar una mesa libre en un rincón y me acomodé allí, con la sana intención de reflexionar a fondo al mismo tiempo que me refrigeraba por dentro. Gosier se encargó de esto último con su acostumbrado entusiasmo.

Llevaba consumidos tres vasos de mi mezcla preferida, cuando la tranquilidad relativa del local se vio desbordada por la llegada de Wilkie Randall en persona. Para colmo de males me descubrió al primer vistazo y se abrió paso hasta mi mesa, donde se instaló con un suspiro de satisfacción.

—¿Has leído los periódicos, muchacho? —me espetó con su voz más tartajosa que nunca.

—Algunos.

—¿Y mi reportaje en el *Evening Post*?

—Ya te dije que...

Me interrumpió con un gesto de su mano vacilante.

—No lo repitas, por favor. Tú haces que vacile mi confianza en mí mismo. De todas formas, deberías leerlo, especialmente las coletillas finales, esos sueltos con que suelo rellenar espacio de vez en cuando.

Hizo una seña y el francés voló para traerle un *whisky* gigantesco.

Entonces añadió:

—Me dijo Curtis que tú solito habías echado el guante a un sospechoso, pero que no debía ser mencionado tu nombre... ¿Es que te tiene antipatía?

—Fue una casualidad. ¿Es de eso de lo que has escrito en tus delirantes muletillas finales?

—No exactamente, muchacho. Ya sabes cómo se hacen estas cosas. Sólo he mencionado a cierto famoso investigador privado, en relación con una captura. No he puesto tu nombre para no chocar con el teniente, tú sabes... —Bebió un abundante sorbo de licor y prosiguió—: En otro de los sueltos me he sentido inspirado también.

—Siempre estás inspirado, aunque en lenguaje vulgar se llame borracho a eso.

—Narices. Escucha y juzga por ti mismo —adoptó una actitud ridículamente declamatoria, como si se dispusiera a leer un sensacional discurso, y añadió—: El famoso detective, cuyas peligrosas aventuras profesionales son tan audaces como las amorosas, fue obsequiado por una de sus adoradoras con un liviano y etéreo camisón. ¿Creen ustedes que la dama llevaba alguna otra prenda encima cuando eso sucedió? Te aseguro que es sensacional —terminó, llevándose el vaso a los labios, para vaciarlo sin respirar.

Sentí violentos deseos de golpearlo hasta obligarle a tragarse el vaso entero.

—Eres el bastardo más apestoso de toda la profesión, Wilkie —le espeté, furioso—. Si es cierto que has publicado algo así...

—¡Claro que es cierto! —cacareó, entusiasmado—. Seguro que todas las viejas solteronas de la ciudad y sus alrededores se estremecerán de excitación al leerlo.

—Posiblemente haya alguien más que se estremezca, y no precisamente de excitación. Me pregunto si eres tan estúpido como pareces, Wilkie, o si sólo es una fachada tras la que se esconde la mente más retorcida de cuantas he tenido noticia.

—Me halagas, *hurón* —cacareó, risueño—. ¿Por qué te molesta que haya escrito algo así? A fin de cuentas, no menciono tu nombre.

—Ni maldita la falta que hace. Sólo que quiero decirte algo, antes de largarme de tu maloliente compañía; si ese suelto tuyo me causa dificultades de cualquier género, me daré el gustazo de saltarte los dientes con un buen puñetazo. Y te autorizaré a

publicarlo, si te quedan agallas suficientes para hacerlo.

Me levanté, encaminándome al mostrador para abonar mis bebidas. Detrás de mí, el reportero salió de su estupor a duras penas y graznó:

—¡Eh, Larry, espera un minuto...!

No le hice caso y abandoné el local, preocupado por la estúpida insensatez de Wilkie. Compré el *Evening Post* al primer vendedor que encontré y me metí en el auto.

El maldito borracho había dicho la verdad. Poco más o menos, había publicado aquella especie de comentario humorístico, casi con las mismas palabras utilizadas de viva voz. Me pregunté qué pasaría cuando los dos matones, o su jefe, Ed, leyeran semejante insensatez. Me estremecí sólo de pensarlo.

Mentalmente, me ratifiqué en mi amenaza a Wilkie. Si su coetilla me causaba dificultades le saltaría los dientes.

Esa idea me tranquilizó, así que arrojé el periódico y aparté el coche de la acera. Aquélla podía ser una buena noche todavía.

CAPÍTULO VII

El gran rótulo luminoso de *The Dance* relampagueaba en la noche, con el océano por fondo, derramando oleadas de resplandores rojos por todo el jardín y la pista de estacionamiento. Encontré un hueco donde meter el auto y lo estacioné allí, aunque no salí de él hasta haber apurado el cigarrillo, tiempo que aproveché para recapacitar.

Encontré a Keverne sentado a una mesa, en compañía de un tipo tan delgado que casi había que mirarlo dos veces para estar seguro de que no era una ilusión óptica. También había dos incitantes damiselas entre ellos, ataviadas con ajustados trajes de noche, y muy ocupadas en vaciar sus copas de champaña sin derramarlo dentro de los abismales escotes.

Keverne tenía cerca de sesenta años, pero todo él era un manojo de nervios cargado de energía. El extraño individuo que le acompañaba, un conjunto de huesos y piel mal repartidos, poseía unos ojos enormes para su cara, tan fríos como un témpano y apagados igual que los de un cadáver.

Sentí un escalofrío cuando me detuve frente a ellos y el desconocido levantó la cabeza para mirarme. Keverne exclamó:

—¡Caramba, Blake! Me alegra verle. Siéntese... Tú, Strong, acerca una silla para mi amigo Blake.

Aquella especie de cadáver viviente se movió con una celeridad centelleante, y una silla golpeó mis piernas por detrás. Me dejé caer sentado, el individuo volvió a su asiento y me estudió detenidamente.

Para huir de sus inquietantes ojos me encaré con Keverne.

—Necesito su ayuda —le espeté sin rodeos—. Necesito interrogar a algunos de sus empleados y sé que no responderán una sola pregunta si usted no se lo ordena.

Mostró sus grandes y brillantes dientes en una amplia sonrisa.

—¿No pretenderá meterme en un lío, eh, Blake? —preguntó con falsa jovialidad.

—Mi especialidad es sacarle de sus líos, Keverne.

—A cambio de un puñado de billetes grandes, ¿verdad, muchacho?

Rompió a reír como si acabase de decir un gran chiste. Las dos mujeres le hicieron coro, y Strong distendió los labios en algo que debía ser su versión personal de una sonrisa.

Cuando dejó de reír los otros cesaron también en su exhibición de dentaduras. Keverne hizo seña a un camarero y pidió otra copa para mí.

—Tomará champaña con nosotros, Blake —ordenó—. Después hablaremos de negocios.

No dije nada hasta que me hubieron servido el espumante vino. Luego de probarlo miré al dueño del *cabaret* y le sugerí:

—¿Quiere llamar ahora a su *maître* y advertirle que soy de confianza, Keverne?

—Lo haré por complacerle. Pero dígame, ¿qué desea preguntarles?

—Busco a una mujer. Sé que anoche estuvo aquí a la hora en que actuaba Kelton, de manera que tal vez alguno de sus empleados la conozca y pueda decirme algo de ella.

—Ya veo. ¿Se trata de alguien conocido?

—No.

—¿Un escándalo matrimonial tal vez?

No pude evitar una sonrisa de desprecio al recordar al «príncipe consorte».

—Si hay algo más alejado de eso, Keverne, es ese matrimonio. Nada de escándalo.

—Bueno, es usted un zorro viejo y no me dirá nada que no quiera decir, así que vamos a ayudarle. Aunque, ahora que se me ocurre, quizá yo conozca a esa dama si es cliente mía. ¿Cómo se llama?

—Jane Brett —dije y deposité la fotografía sobre la mesa.

Tres cabezas se inclinaron para verla: la de Keverne y las de las dos muchachas. Strong permaneció inmóvil, impassible, como si aquello estuviese ocurriendo en otro plano astral.

—No necesita asustar a mis empleados, Blake —anunció

Keverne jovialmente—. Esa chica viene aquí muy a menudo.

—¿Desde cuándo?

—Hace mucho tiempo. Aparece a intervalos, luego se esfuma y vuelve a venir. Es amiga de Jill.

—¿De quién?

—Jill es nuestra estrella. Canta como nadie, Blake, ya la oírás. Bueno, apuesto que hará algo más que oírlos... la devorará con los ojos.

—¿Y es amiga de Jane Brett?

—Seguro.

Vacíé la copa y después encendí un cigarrillo. La orquesta terminó con los bailables y las parejas regresaron a sus mesas como un rebaño bien ordenado. Keverne anunció:

—Ahora verá mis atracciones, amigo mío. Cada una de ellas podría ser cabecera de cartel... pero Jill es la mejor. Una auténtica joya.

Volvió a llenarme la copa y él bebió de la suya. Observé que no se molestó en hacer lo mismo con las copas vacías de las dos muchachas.

En el momento en que la orquesta iniciaba unos compases de aviso, el ex pandillero se dirigió a ellas con voz suave.

—¿Por qué no vais un rato al mostrador, muñecas? Deseo estar a solas con mi amigo Blake para tratar de negocios...

No necesitó pronunciar una palabra más. Obedientemente, las dos mujeres se levantaron, recogieron sus bolsos y desaparecieron. Strongladeó la cabeza, como si escuchase a la orquesta con gran atención, pero a juzgar por su expresión parecía a punto de dormirse.

Keverne me sonrió y sin alterar su voz dijo:

—Ahora dígame para qué busca a la chica, Blake, o tendré que enfadarme.

Sorprendido, traté de captar algún cambio en su expresión. Vi que continuaba siendo el anfitrión amable y jovial, pero en su mirada había un brillo inquietante que no había percibido hasta entonces.

—¿Qué le pasa a usted, Keverne? Sólo quiero hablar con ella.

—¿Para qué?

—Si le dijera la verdad no me creería, así que vamos a dejarlo

correr, ¿quiere?

Sacudió la cabeza. Strong enderezó un poco la suya, lo justo para poder verme sin tener que forzar los ojos de araña.

—Quiero saberlo, Blake —insistió Keverne—. Siento cierto interés por ella, mejor dicho, por Jill. Tengo entendido que la chica ha sufrido demasiado estos últimos tiempos.

—Sinceramente, no entiendo nada.

—Estoy esperando, Blake.

Por primera vez, escuché la voz del saco de huesos. Era una voz silbante, carente de tonos, parecida al silbido de una serpiente.

—Quizás yo pueda convencerle, patrón —dijo.

Keverne hizo un gesto imperioso con la mano, obligándole a callar.

—Está bien, Keverne —refunfuñé—. Recordaré eso cuando llegue la ocasión...

—No se enfade conmigo. Blake... Tal vez pueda explicarle la situación más tarde. De momento, le escucho.

Le conté el encargo que me habían hecho, de encontrar a Jane Brett. Después, le mencioné mi visita al melencólico marido y mis impresiones respecto al mismo, así como la llamada de éste y mi posterior conversación con mi cliente.

Keverne gruñó:

—Si le ordenaron dejar la búsqueda, ¿por qué ha seguido tras ella?

—Apenas si lo sé yo mismo. Estoy intrigado por conocerla, eso por una parte. Después, está esa caricatura de marido, al que me gustaría arrojar desde un rascacielos a la calle. Y algunas ideas más que no hacen al caso.

—Es curioso...

—¿A qué se refiere?

—A su presencia aquí esta noche. ¿Qué le parece esa pareja?

Miré hacia la pista. Unos bailarines acrobáticos estaban haciendo verdaderas diabluras en su especialidad. No cabía duda que eran artistas de primera fila, pero yo no había ido allí para ver el espectáculo, de manera que me desentendí de ellos y me enfrenté de nuevo con Keverne.

—Magníficos —gruñí—. ¿Qué tal si me habla ahora de su interés por Jane Brett?

—No interprete torcidamente ese interés mío, Blake.

Me encogí de hombros.

—Está bien, está bien; sus sentimientos paternos asoman por cada poro de su piel cuando ve a una hermosa muchacha en apuros. ¿Por qué no hablamos en serio de una vez?

—Escuche, y no me haga repetir las cosas, por favor. Jill me pidió que hiciera algo por su amiga. No puedo negarle nada a Jill, así que...

—¿Por qué no? —le interrumpí—. ¿También siente interés paternal por ella?

Por un instante pareció a punto de perder la calma, pero luego replicó:

—Es mi sobrina, de manera que ahora quizá quiera ahorrarme sus sarcasmos.

—Lo siento, Keverne.

—Olvidado. Todo lo que Jill deseaba era que su amiga tuviera cierta protección durante unos días. Estaba asustada y no sabía adónde acudir en busca de ayuda.

—¿Asustada de qué?

—Eso deberá preguntárselo a ella. ¿No me ha mentado al decir que ha venido aquí por su propia cuenta, Blake?

—Le he dicho la verdad escueta.

—Eso quiere decir que está libre, ¿no es verdad?

—En efecto.

—Déjeme que piense en eso con calma. Quizá tenga un trabajo para usted... Ahora, diviértase con el espectáculo mientras realizo algunas gestiones.

Se levantó y Strong hizo lo mismo como si se desplegara. Los dos desaparecieron por una puerta disimulada a un lado del escenario, de manera que hice lo que Keverne había dicho y disfruté viendo el espectáculo, incluso pude escuchar toda la actuación de Sydney Kelton. Por lo menos en eso, el melenudo Brett, demostraba que tenía cierto gusto en elegir sus cantantes preferidos.

Después de Kelton, el jefe de ceremonial anunció a la máxima estrella del *The Dance*: Jill.

Una figura ondulante surgió dentro del cono de luz del reflector. Esperó a que cesaran los aplausos, hizo una leve seña a los músicos y éstos preludiaron una melodía lenta y sensual que se arrastró

perezosamente por el aire antes de cobrar vivacidad.

Entonces empezó a cantar. No puede decirse que poseyera una gran voz, pero era suficiente para electrizar a la clientela, más que por otra cosa, por la singular entonación insinuante del tono, semejante a un arrullo cargado de promesas. Cerrando los ojos, uno tenía la sensación de que la cantante estaba susurrándole al oído todo lo que deseaba escuchar de labios de una mujer.

Llevaba un vestido al que casi le faltaba la mitad superior, sin tirantes ni artilugios que lo sostuvieran, tan ceñido como podía llegar a serlo sin que reventaran las costuras. De un género dorado, tenía la falda abierta por un lado de arriba abajo permitiendo admirar toda la larga perfección de sus piernas de finos tobillos.

Era realmente fascinadora y bajo el reflector resultaba deslumbrante con sus destellos dorados.

Cantó tres canciones parecidas, apasionadas, y en las que deliraban las palabras de amor, enloquecidas por la melodía. Keverne había tenido razón al decir que, además de escucharla, la devoraría con la mirada.

—Sí.

Cuando, después de recibir la tempestad de aplausos, desapareció, tuve la vaga sensación de que acababan de arrancarme algo que yo había creído poseer por entero.

La voz de Keverne comentó junto a mí:

—Siempre causa el mismo efecto, Blake.

Volví la cabeza y allí estaba él, con su inseparable saco de huesos pegado a los talones. Ambos tomaron asiento, las copas fueron llenadas una vez más, con lo que la botella quedó vacía, y tras un silencioso brindis, el hombre dijo:

—Vaya a esa dirección después de la una de la madrugada. Alguien le esperará allí. Luego, vuelva aquí y hablaremos.

Di un vistazo al papel que acababa de depositar sobre la mesa. Las señas correspondían a una calle de View Park.

—¿Quién estará esperándome? —quise saber precavidamente.

Se encogió de hombros.

—No puedo hablar de lo que ignoro, pero tengo mucho interés en que vaya usted. Después de su visita podremos tratar de ese trabajo que deseo encargarle.

—No me gusta su manera de disponer las cosas, Keverne, pero

seguiré sus instrucciones por esta vez. ¿Ha dicho después de la una de esta madrugada?

Asintió con un gesto.

—Muy bien —dije—. Mientras tanto, dígame algo de su maravillosa sobrina.

Sonrió de oreja a oreja.

—No hay nada que decir de ella, es mejor verla. Me estremezco cada vez que pienso que cuando me dijo que quería cantar en mi club me negué rotundamente. Le costó insistir y batallar para convencerme. Luego resultó que jamás he tenido una estrella que me diera tanto dinero a ganar.

Vacíé la copa de champaña, dediqué una mueca de despedida a Strong, estreché la mano de Keverne y me largué de allí antes de que me volviera loco.

A la una y diez minutos estaba llamando al timbre de la dirección que me había facilitado el dueño del *cabaret*.

Cuando se abrió la puerta apenas pude contener una exclamación de asombro. Creo que quedé con la boca abierta, incapaz de hallar mi voz por ninguna parte.

Quién estaba contemplándome con interés era la exquisita y deslumbrante Jill en persona.

CAPÍTULO VIII

Cuando recobré el habla ya estábamos en una salita amueblada con gusto. Ella estaba diciendo:

—Tío Bob me ha puesto al corriente de lo que usted desea, míster Blake.

—Eso parece que nos ahorrará un tiempo precioso —repliqué—. Su tío emplea procedimientos un tanto retorcidos a veces, así que entraremos directamente en materia. Todo lo que yo deseo es ver a Jane Brett durante unos minutos. ¿Puede usted arreglarlo?

—Seguro.

Se acercó a una puerta y la abrió. Una mujer apareció por ella y se detuvo en el umbral, mirándome con terrible intensidad.

Noté un escalofrío a lo largo de mi espina dorsal. No cabía duda que se trataba de Jane Brett en persona, pero apenas si tenía semejanza con la imagen de la fotografía que guardaba en mi bolsillo.

Sus mejillas tenían una palidez cadavérica. Profundos círculos oscuros bordeaban sus ojos inmensos y opacos. Incluso parecía haber perdido la pujante agresividad de sus curvas, que en la fotografía se mostraban rotundas y altivas.

—Ésta es Jane, míster Blake —murmuró la cantante con voz que temblaba.

Aquella especie de fantasma avanzó con pasos indecisos, pasó por mi lado y fue a sentarse en un extremo del espacioso diván.

No despegó los labios, pero tampoco apartó sus ojos de mí. Aturdido, miré a Jill en demanda de ayuda. Jill dijo:

—Puede usted hablar con ella, pero no la canse demasiado.

Fui a sentarme al lado de Jane Brett, escrutando sus demacradas facciones. Entonces habló con una voz tan quebradiza como el cristal.

—¿De verdad se llama usted Larry Blake?

—Ése es mi nombre.

—¿Y vive usted en Viewsite Terrace?

—Efectivamente.

Dos gruesos lagrimones se desprendieron de sus ojos apagados y rodaron a lo largo de sus escuálidas mejillas. Jill se acercó y tomó asiento en un taburete enano, frente a ella. Le tomó la mano y susurró:

—No debes alterarte, querida. Tío Bob dice que puedes confiar en míster Blake...

—Tú no comprendes...

—Te ayudará, Jane —insistió la muchacha.

La enferma sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Larry Blake —murmuró soñadoramente—. Larry Blake...

Algo semejante a un chispazo pasó por mi mente, como un ramalazo de luz. Deseé estar solo para concentrarme en lo que acababa de ocurrírseme, pero incluso con la presencia de las dos mujeres perturbándome, creí comprender muchas cosas en escasos segundos.

—Usted —balbucí—; usted abandonó la *negligée* en mi terraza. ¿No es cierto, Jane?

No respondió, ocupada en secarse las lágrimas. Sus largos dedos eran terriblemente delgados e inseguros. No pude adivinar qué clase de enfermedad era la que la aquejaba.

—¿Cuál es su nombre de soltera?

Fue Jill quien respondió por ella:

—Jane Meroy —dijo.

—Eso es. *J. M.* Las iniciales doradas.

—No comprendo —murmuró la cantante—. ¿Dónde ha visto usted las iniciales de Jane?

—En una *negligée* verde esmeralda.

La enferma levantó la cabeza y demandó:

—¿La conserva usted todavía, míster Blake?

—Seguro que sí. Usted me pidió que la escondiera cuando me llamó por teléfono, ¿recuerda?

—No...

—¿No lo recuerda?

Su cabeza osciló de un lado a otro.

Yo insistí:

—Debió encontrar mi nombre en una cartulina que estaba en el bolsillo de la camisa. ¿Recuerda usted la camisa y los pantalones que tomó de mi garaje?

—Sí... eso sí... eran demasiado grandes para mí. Anduve y anduve durante horas...

—¿Recuerda dónde cambió por segunda vez de ropas, Jane?

Necesitó pensarlo durante mucho tiempo. Al fin, su cerebro debió responder al esfuerzo, porque susurró:

—Sí, sí... ahora recuerdo. Me escondí en una cabaña. Dormí no sé cuántas horas... Después salí. Había un coche allí cerca. Y una chica en otra cabaña...

El escalofrío en mi espalda se repitió, más helado que antes. Una terrible combinación de circunstancias se había confabulado para desencadenar un alud de violencia y muerte.

—No se esfuerce —dije con voz ronca—. Yo le diré lo que sucedió, Jane.

—Sí... me cansa pensar en tantas cosas...

—Usted vio a la chica de la cabaña. Iba vestida con un traje azul. Volvió a esconderse cuando un hombre salió y se acercó al coche. Ese hombre la tomó por un muchacho, vestida con pantalones y camisa a cuadros. ¿Qué hizo usted después, regresó a la cabaña desocupada y siguió durmiendo?

—Creo que sí... me sentía bien allí...

—Eso debió suceder. Se quedó dormida, y luego, a la noche siguiente, se acercó a la otra cabaña, cuando aquella chica estaba dormida, entró y se apoderó de sus ropas de mujer, dejándole a cambio mis pantalones y camisa. ¿No fue así como lo hizo?

—Supongo que sí... Vine aquí con un vestido azul...

No quise decirle que aquella desgraciada muchacha había sido asesinada porque alguien la confundió con ella. Ya tenía demasiadas cosas que la atormentaban.

—Está bien, Jane. Ahora dígame de dónde huyó usted la noche que entró en mi jardín, vestida con el camisón y unas chinelas.

—No lo sé.

Pagué un respingo.

—No es posible —rezongué, impaciente—. Usted escapó de algún lugar determinado.

—Era una habitación con una ventana muy alta... y tenía una

reja, y correas en la cama...

—¿Correas?

—Eso es... y aquellos horribles hombres...

—¿Por qué la mantenían encerrada?

—No lo sé... De pronto, un día, desperté y estaba allí, en aquella habitación que no había visto nunca... y el doctor vino y me habló. También me inyectó, porque dijo que yo estaba muy enferma. Y era verdad, ¿comprende? Me encontraba horrible...

—¿Qué doctor?

—Nunca supe su nombre. Venía muy a menudo y me hablaba cariñosamente... Era bueno... Sólo me molestaban las inyecciones...

Miré a Jill, absorto. Ésta pareció reaccionar entonces y dijo con voz velada:

—Estuvieron poniéndole una cantidad tremenda de inyecciones, míster Blake... Jane, ¿quieres mostrarle esas marcas?

Con la mayor naturalidad del mundo, se ladeó un poco y arrebujo el vuelo de la bata con que se cubría. Hubo un revuelo de encajes y me encontré mirando docenas de puntitos rojizos esparcidos por la blanca piel de su muslo. Algunos eran algo más que puntitos, casi rosetones amoratados que delataban la actuación de una mano chapucera.

Volvió a cubrirse. Jill susurró:

—Heroína, míster Blake.

—Deben haberle inyectado algo más —mascullé roncamemente—. Si es cierto que sólo llevaba una semana fuera de su casa, no tuvieron tiempo de ponerla en semejante estado con sólo esa droga. Pero no tiene sentido. ¿Qué demonios pretendían de ella?

—Nunca me lo dijeron —suspiró—. Sólo me repetían que estaba enferma y que debía portarme bien para que pudieran curarme...

—Eso puede esperar, Jane. Lo importante es saber dónde estuvo encerrada. Debió ser cerca de mi casa para que viniera a parar a mi jardín cuando escapó. Pero no hay casas a menos de un cuarto de milla de la mía...

—Siempre que habla de eso —terció Jill— menciona esa habitación con la ventana alta y la reja. Pero no puede recordar ningún otro detalle, excepto el de las correas del lecho.

—Veré de aclararlo por otros medios. Antes que me olvide de preguntárselo, ¿fue usted quien telefoneó a Morton anoche, Jill?

—Sí. Pensé que era la mejor manera de mantenerlo quieto.

—Es gracias a esa llamada que he descubierto el rastro de Jane. ¿Qué opina el médico de ella?

—Está seguro de que le inyectaron drogas en gran cantidad, aunque no puede saber exactamente qué clase de drogas. Sólo ha podido identificar la heroína a causa de los ojos, y por los espasmos... Es terrible, míster Blake, cuando...

—Lo sé, lo sé. Pero ese médico debió haber dado cuenta a la policía del estado en que han puesto a esa chica.

—El doctor es amigo de tío Bob. Además, Jane no quiere que la policía intervenga en esto... todavía.

—¿Por qué?

Miró a su amiga. Yo también la miré. Había cerrado los ojos y parecía dormir, ajena al diálogo.

—Hay instantes en que está casi normal...; entonces cree que fue Morton quien preparó todo para que le hicieran esto. Pero teme que si interviene la policía consiga borrar cualquier prueba que pueda existir y zafarse de su delito...

—Si hay pruebas contra él en alguna parte, la policía las encontraría con toda seguridad.

—O quizá no. Tío Bob decidió que se quedase conmigo, mientras nuestro médico la sometía a tratamiento. Él dice que podrá curarla, sobre todo cuando haya pasado esa crisis y pueda ser trasladada a un sanatorio de montaña.

—Tengo entendido que Jane posee fortuna propia —dije en voz baja para no turbar a la enferma—. ¿Es realmente una fortuna importante?

—Con toda seguridad lo es, aunque no sé a cuánto asciende. Pero sé que sus padres le dejaron varios millones en acciones petrolíferas, y otras de una compañía naviera. La última vez que nos vimos, antes que le sucediera eso, me habló de que sus dividendos aumentaban cada año.

—Ya veo. Y a juzgar por la manera como me habló Morton, es ella también quien maneja esa fortuna personalmente, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

—De manera que si Jane muere, Morton Brett entra en posesión de los millones...

—Nada de eso.

La miré con renovado interés.

—¿No?

—Jane tiene dispuesto que en caso de muerte, su fortuna sea distribuida entre varias organizaciones de caridad, aparte de algunos legados a sirvientes y amistades. Y, naturalmente, una cantidad simbólica para Morton para que no pueda impugnar el testamento.

—Eso aclara la situación entre la pareja... y abre nuevos caminos a las suposiciones. ¿Qué me dice de su tío, míster Prescott?

—No sé mucho de él, excepto que es quien administra los bienes de Jane. Desprecia cordialmente a Morton, si eso le sirve de algo.

—¿Está en buena posición económica personalmente, o vive de esa fortuna que administra?

—Oh, no; posee fortuna propia. Tiene intereses en varias compañías.

—Lo cual le coloca fuera del cuadro. Bien, creo que será mejor que vaya a ver a Keverne ahora que sé el terreno que piso.

—Tío Bob estará en el *cabaret* hasta las tres o las cuatro. ¿No quiere beber algo antes de irse, míster Blake?

—Con mucho gusto, si deja de llamarme Míster Blake. Eso déjelo para su tío. Mi nombre es Larry, Jill.

—Muy bien, Larry.

Mientras estuvo ausente, preparando las bebidas, contemplé la patética figura, endeble y frágil como una muñeca de cera, de Jane Brett. Respiraba entrecortadamente y de vez en cuando murmuraba algo incomprensible moviendo apenas los labios.

Cuando Jill regresó trayendo los vasos empañados por el hielo, tomé el mío y le pregunté:

—¿Le gusta esa clase de trabajo, Jill?

—¿Qué tiene de malo?

—Nada, por supuesto. Era sólo una pregunta tonta.

—Bueno, me gusta cantar en el *cabaret* de tío Bob. Quizá si me viera obligada a actuar en otro local cambiaría de manera de pensar a causa de lo que una se ve obligada a soportar de cierta clase de clientes. Pero en el *The Dance* sé que estoy protegida, a salvo de cualquier peligro.

—Comprendo.

Bebí un sorbo. A pesar de que era *whisky*, lo saboreé gracias a su buena calidad.

Transcurrieron un par de minutos sin que ninguno de los dos dijera nada. Al cabo de ese silencio bebí otro trago y dije:

—He trabajado un par de veces para su tío, de manera que somos viejos conocidos. ¿Cree que se pondría furioso si la invitara a cenar conmigo una de estas noches?

Rió por primera vez desde mi llegada.

—¿No cree que debería averiguar cómo me pondría yo si me hiciera esa proposición? Después de todo, no es a tío Bob a quien piensa invitar.

—Sólo pensaba en su vigilancia alrededor de usted, preciosidad.

—¿Siempre que desea cenar con una chica se lo dice así, tan escuetamente, Larry?

—Sólo a las que me interesan de veras. Pero si lo prefiere cursaré una petición formal, con todos los formulismos habidos y por haber. Naturalmente, siempre que acepte usted.

—Tengo muy poco tiempo, usted sabe; los ensayos, las actuaciones cada noche...

—No siga —la atajé—. Sé comprender cuándo me dan una ducha helada, aunque esté envuelta con palabras amables. De todas formas, volveré a insistir en otra ocasión.

Estuvo mirándome y sonriendo unos segundos, como si estuviera pensando en la mejor manera de reírse un poco de mí.

Entonces me sorprendió con su pregunta:

—¿Mañana noche, Larry?

—¿Cómo?

—Esa cena... Creo que estaré libre alrededor de las ocho.

—¡No me diga! Apenas si puedo creerlo, Jill.

—Hay ocasiones en que una se siente muy sola y aburrida. Creo que por unas horas, Jane podrá pasarse sin mí.

—Vendré a buscarla a esa hora —prometí—. Y si se porta bien hasta le permitiré cantar una de sus melodías sólo para mí. ¿Le parece bien?

—Perfecto.

Me llevé el vaso a los labios y lo vacié de un trago. Lo necesitaba para calmar la agitación interior que me había producido la respuesta de la muchacha.

Dediqué un último vistazo a la derrumbada figura de Jane Brett, después de lo cual la dueña del apartamento me acompañó a la puerta.

Antes de salir, la miré recto a los ojos y calculé las probabilidades que tenía de besarla sin echarlo todo a perder. Ella permaneció quieta, mirándome también calculadoramente.

Sus labios rosados y húmedos eran una tentación irresistible. Yo no resistí más. Incliné la cabeza y los apreté bajo los míos casi con voracidad. Los sentí temblar, y después respondieron fogosamente mientras mis brazos la enlazaban por la cintura aprisionándola contra mí.

Fue endiabladamente corto. Ella se apartó y abrió la puerta lentamente.

—Hasta mañana, Larry.

—Seré puntual. Iremos a cenar, bailaremos y beberemos...

—Eso será mañana por la noche, Larry —me recordó—. Hasta entonces, buenas noches.

Salí y ella cerró despacio. Por lo menos, esto me había salido bien al primer intento.

CAPÍTULO IX

Keverne mascullo:

—No se ocupe de nada más, Blake. Encuentre el lugar donde tuvieron encerrada a esa chica y luego avíseme.

—¿Y qué voy a ganar con eso?

—Cinco mil dólares si lo consigue en veinticuatro horas. La mitad si le lleva más tiempo.

—Eso es mucho dinero, Keverne. ¿Por qué tanto interés en saber ese detalle?

—Quiero tener satisfecha a Jill, eso es todo. Y también me gustará ver a los bastardos que le hicieron eso a la chica. Ésa no es manera de trabajar.

Supuse que se refería a sus viejos tiempos. Desde luego, Keverne no hubiera sido capaz de tramar una jugada tan sucia. Él había sido un hombre de acción, pero con suficiente seso para saber cuándo debía esfumarse de la escena para evitarse penosas contrariedades.

—Lo intentaré —accedí finalmente, entre otras razones porque ya lo había decidido antes de entrevistarme con él—. Pero debo advertirle que las muchachas corren peligro. No deberían estar solas en ese apartamento.

—¿Quién diablos podrá encontrarlas? Nadie sabe que Jane está allí.

—Yo seguí su pista. Otros pueden hacerlo.

—Me ocuparé de eso —prometió—. ¿Qué piensa usted de todo esto, Blake?

—Estoy hecho un verdadero lío. Me hacen falta más datos para opinar. Sin embargo, puedo decirle que hay pistoleros profesionales metidos en el asunto. Ya mataron a una muchacha por error, al confundirla con Jane, lo que prueba que si la descubren no perderán más tiempo llenándola de drogas hasta las cejas.

Eso le preocupó más que todo lo dicho hasta entonces.

Pensativamente, miró a Strong, que permanecía a un lado inmóvil como un poste, y gruñó:

—Creo que deberás encargarte de cuidar a las chicas, Strong. Ya has oído a Blake.

El saco de huesos enseñó los dientes en una mueca.

—Me ocuparé de que no les suceda nada —aseguró con su voz silbante.

No me pareció una protección muy eficaz, si tenía que enfrentarse a Witting y su corpulento ayudante, de manera que se lo dije sin rodeos.

La mueca en sus labios escuálidos se acentuó. No advertí ningún movimiento en toda su larguísima estatura, pero de repente me encontré mirando una larga hoja de acero que lanzaba destellos a menos de dos pulgadas de mi garganta. Sentí que las rodillas me temblaban y pegué un salto atrás como una rana.

Strong musitó suavemente:

—Es más eficaz que un revólver... y uno no ve lo que se le viene encima hasta que ya lo tiene enterrado en el cuerpo.

Sonó un chasquido y la hoja desapareció dentro de la empuñadura. Entonces, como si fuera un efecto retardado, advertí que inmediatamente antes de ver la mortal lámina de acero había sonado otro chasquido igual.

Keverne aseguró:

—Strong puede guardar a las muchachas perfectamente, Blake. Jamás podrán pillarlo desprevenido.

—No tiene que hacerme propaganda de su demonio amaestrado —mascullé—. Sólo que si lo veo demasiado cerca de mí le meteré un balazo entre los ojos antes de que me rebane el pescuezo...

Ambos sonrieron, cada uno a su manera. Después, Strong se dirigió a la puerta y desapareció. Estuve seguro que nadie podría llegar hasta las dos mujeres sin que sintiera en sus entrañas la mordedura del afilado cuchillo.

Al quedar solos Keverne pareció dar por terminada la conferencia, pero yo tenía algo que preguntarle todavía, así que le espeté:

—En su pasado debió conocer usted a todos los cabecillas del hampa, ¿no es cierto?

Arrugó el entrecejo. Yo sabía que no le gustaba que se

mencionase su origen.

—A algunos —concedió a regañadientes—. ¿A qué viene eso?

—Hay un bastardo cuyo nombre es Ed. No sé nada más de él, excepto que dirige a los pistoleros de que le he hablado antes.

—¿Ed? Y no sabe más de él...

—Eso es. Excepto que uno de sus hombres se llama John Witting.

—A ése le conozco —saltó—. Pero tenía entendido que era «independiente»...

—Ya no lo es. Actúa en compañía de un gorila grande como una montaña. Pero el que me interesa es su jefe, ese Ed...

—No sé a quién puede referirse. Hubo un Eddie Masera, pero está en una cárcel federal, otro al que todo el mundo llamaba Ed, pero cuyo nombre era Hoxey, sin embargo, si está vivo, tendrá ahora casi setenta años... No, Blake, no se me ocurre quién... A menos que se trate de Edgar Linklater.

Me estremecí. Había oído contar muchas historias sobre Linklater, un escurridizo pandillero encaramado en altos puestos en el crimen, empujado por sórdidos poderes y sucios contubernios con políticos sin escrúpulos.

—Podría ser él —mascullé.

—Trataré de saber dónde trabaja ahora —gruñó Keverne—. Si averiguo algo de interés le avisaré. Usted ocúpese de lo otro. ¿Conforme?

Asentí y me despedí de él.

Linklater, tute de los más crueles y salvajes criminales, heredero de la bestialidad de los matarifes del *Sindicato*, entre los cuales había militado durante años antes de trasladarse a California.

Si era él quien dirigía aquel negocio las cosas iban a ponerse muy calientes antes de muy poco tiempo.

Decidí que por aquella noche ya había hecho bastante, de manera que me encaminé a casa pensando en una buena ducha y la blanda cama después.

Mientras conduje el coche por las tortuosas avenidas de la colina, analicé la conveniencia de poner a Curtis al corriente de la totalidad de los detalles, lo cual le facilitaría su labor en la búsqueda del asesino de Carola Win...

Cuando metí el auto en el garaje llegué a la conclusión de que

eso podía esperar veinticuatro horas más. No deseaba interferencias en el camino que debía llevarme a los cinco mil dólares prometidos por Keverne.

Absorto con esos pensamientos, entré en la casa resueltamente camino de la ducha. Jamás llegué a ella.

Esta vez me aguardaban en la cocina. Como en la ocasión anterior el método de la sorpresa en la oscuridad les había resultado bien, quisieron repetirlo, de manera que noté el revólver en mi espalda tan pronto hube traspuesto el umbral, y la voz cascada ordenó:

—No mueva ni un dedo, Blake, o le haremos pedazos.

El gorila que ya conocía encendió la luz y se quedó mirándome muy satisfecho. En mi espalda, el revólver hurgaba cual si quisiera agujerearme por sí solo.

—Bueno —gruñí—. No imaginaba que nos encontraríamos tan pronto.

—Sólo se trata de reanudar la conversación donde la dejamos, *hurón*, pero no aquí. Tendrá que acompañarnos.

—¿A dónde?

—No haga preguntas estúpidas —farfulló el grandullón.

Abría y cerraba sus grandes puños, impaciente por demostrarme lo que sabía hacer con ellos. Eso era un error por su parte, porque dejaba solo un revólver en escena.

Así que giré como una peonza, tan repentinamente que con el antebrazo pude apartar el arma antes que a Witting se le ocurriera tirar del disparador. Con el mismo movimiento le descargué un mazazo en el cuello que estuvo a punto de arrancarle la cabeza de cuajo.

Dejó caer el revólver y voló al encuentro de la pared, donde se estrelló con un choque sordo.

No me entretuve en admirar los efectos de mi estrategia, sino que me revolví para enfrentarme con el gorila. No me cupo duda alguna que el estupor por mi centelleante acción le había impedido moverse antes, pero cuando lo hizo fue lo mismo que si un tanque de sesenta toneladas se hubiera puesto en marcha.

Lo esquivé con relativa facilidad, de manera que pasó de largo en su acometida. En el instante que estaba girando pude descargarle un salvaje puñetazo en la nuca que le arrancó un bramido de dolor.

Trastabilló y le conecté un derechazo al hígado que cumplió también su cometido, aunque el grandullón era demasiado fuerte para caer con sólo esos dos golpes.

Iniciamos una especie de esgrima en la que él se enfureció más por momentos, lo que fue una ventaja para mí. Cuanto más furioso estuviera menos precisión tendrían sus golpes.

No obstante y, a pesar de mis precauciones, logró que uno de sus bárbaros molinetes con el brazo extendido me diera de lleno en un lado de la cabeza. Sentí una explosión en el cráneo y creo que me eleve del suelo, yendo a aterrizar al otro extremo de la cocina.

Witting estaba intentando levantarse cuando lo hice yo, muy cerca de mí. El gorila avanzaba sin prisa dispuesto a aplastarme.

Primero me ocupé de Witting, al que propiné un puntapié en la cara con tanta violencia que su cabeza rebotó contra el muro. El pistolero se derrumbó y quedó inconsciente por segunda vez.

El grandullón dejó escapar una sarta de maldiciones y me largó un directo que zumbó en el aire. Ladeé la cabeza y no me cazó por media pulgada, pero sus nudillos se estrellaron contra la pared y la casa tembló hasta sus cimientos.

El tipo dio un salto atrás, aullando estruendosamente, mientras la sangre saltaba de su mano como un chorro.

Detuve sus saltos con un puntapié en la barriga que le dobló sobre sí mismo y acalló sus berridos ahogándolos entre un violento estertor. La nueva posición me ofreció la oportunidad de propinarle un rodillazo en la cara que volvió a enderezarle de golpe.

Y entonces cometí mi error fatal. No me moví, extasiado viéndole desdoblarse como una navaja.

Le di tantas facilidades que lo único que tuvo que hacer fue mover el brazo, siguiendo la trayectoria de su cuerpo al enderezarse, y su enorme puño explotó en mi mentón con un estallido de brillantes luces girando locamente frente a mis ojos.

Oí su rugido de salvaje entusiasmo y quise retroceder, pero entonces algo semejante a un martillo pilón me golpeó el pecho y salí lanzado hacia el mundo negro de la inconsciencia. Mi último pensamiento más o menos claro fue que seguramente me había roto la mitad de las costillas.

Después, ya no supe si estaba vivo o muerto. Podían haberme convertido en picadillo y me hubiera dado igual...

EPÍLOGO

1

Desperté sumido en sudores de angustia. Violentas náuseas estuvieron a punto de devolverme al oscuro mundo del que tan penosamente regresaba, pero por alguna razón pude contenerme y mi cabeza empezó a zumbiar como un avispero.

Todavía con los ojos cerrados, fui localizando los tremendos dolores que despertaban junto conmigo. A cada aspiración, el pecho parecía rajárseme de arriba abajo, y si abría la boca para absorber más aire la mandíbula amenazaba con caérseme a pedazos.

Pensé que ya era hora de moverme, aunque sólo fuera para sostener los pedazos de mi cara hecha polvo.

Entonces un sorprendente descubrimiento. No podía moverme, como atacado por un ataque de parálisis. Las manos no me obedecían, ni las piernas... ¿Qué demonios pasaba?

Asustado, abrí los ojos y parpadeé repetidamente bajo una brillante luz blanca. Descubrí que estaba tendido de espaldas sobre una cama. También advertí que si no podía mover ni los brazos ni las piernas era debido a que los tenía sujetos por fuertes correas de cuero a los lados de la cama.

Las palabras de Jane vinieron a refrescarme la memoria. Ella había estado tendida en una cama con correas, y la habitación tenía una ventana muy alta, protegida por una reja.

La ventana del pequeño cuarto rozaba el techo. A través de los cristales se distinguía la forma de una sólida reja.

En cuanto a las paredes y el techo, estaban pintadas de azul claro y carecían de adornos.

Volví la cabeza a un lado. Había una mesita de noche con algo brillante sobre ella. Tras un inquieto examen, identifiqué una

bandeja de acero inoxidable, rectangular, en la que reposaban tres jeringuillas cuidadosamente ordenadas, un recipiente aséptico para las agujas y una caja de cartón usada, muy pequeña.

Al lado de la mesita había una silla, y más atrás la puerta del cuarto, de sólido aspecto y con una pequeña mirilla a la altura de los ojos de un hombre.

Una perfecta celda, pensé amargamente.

Luego evoqué la imagen de Jane Brett, miré el equipo para inyectar que reposaba en la mesita de noche y una oleada de pánico me invadió.

Todo lo que se me ocurrió pensar es que iban a convertirme en un guiñapo humano, tal como habían hecho con la desdichada Jane.

El terror a semejante perspectiva me dio fuerzas para luchar con las correas que me sujetaban. Pero no tardé en comprender la inutilidad de mis forcejeos. Aquellas correas estaban hechas para sujetar a individuos mucho más fuertes que yo.

Entonces advertí que algo me dolía en la espalda. Ladeando la cabeza, pude ver el extremo de otra correa, seguramente destinada a amarrar a la víctima por el pecho para conseguir su total inmovilidad. Por alguna razón, no habían creído necesario utilizarla conmigo.

Dejé de luchar y la desesperanza me invadió. Y así pasó un tiempo interminable, hasta que recibí la primera visita.

Se abrió la puerta y entró un tipo luciendo una perilla puntiaguda, cuidadosamente recortada, con cada pelo en el lugar que le correspondía. Unas gafas de gruesos cristales cabalgaban sobre su prominente nariz. Vestía una bata blanca, de manera que supuse era el doctor de quien Jane me había hablado.

Se quedó quieto, mirándome un buen rato. Y de pronto comentó, como si estuviera hablando realmente de mi salud:

—Es usted fuerte, Blake. Necesitará una dosis mayor de lo normal.

—¿Una dosis de qué? —balbucí.

—De *escopolamina*, naturalmente. Necesitamos que nos responda la verdad a algunas preguntas que queremos hacerle.

Bueno, iban a inyectarme la *droga de la verdad*, tal como se la conoce vulgarmente. No necesité ningún esfuerzo de imaginación

para saber qué preguntas pretendían hacerme.

—¿Por qué no hacen primero las preguntas? —sugerí para ganar tiempo—. Quizá se ahorren trabajo.

Parpadeó detrás de sus lentes.

—¿Está dispuesto a hablar? Me sorprende usted, Blake.

—Haga la prueba.

Suspiró profundamente, como resignándose a una pérdida de tiempo inútil.

—Está bien. ¿Dónde tiene escondido el camisón que ella le dejó?

—En mi casa. Sus hombres fueron muy torpes cuando la registraron.

Mi respuesta le desconcertó momentáneamente. Luego masculló:

—No cambie de idea ahora, Blake, y se ahorrará muchas molestias.

Se acercó a la puerta, asomó la cabeza fuera y gritó:

—¡Lang!

Alguien trotó por un pasillo. El fulano que quedó enmarcado en el umbral era una especie de cretino babeante de cara peluda como un oso.

El doctor indagó:

—¿Ha llegado Ed?

—No, doctor. Todavía no...

—Espérale abajo. Tan pronto llegue le acompaña aquí.

—Acaban de llegar los chicos, doctor. Han traído un cargamento completo.

—Ocupate de Ed solamente. Los otros saben qué tienen que hacer.

El baboso asintió y se fue. El médico, si es que lo era, volvió a encararse conmigo.

—Veamos, Blake. ¿Dónde lo tiene escondido?

—¿El camisón? Dentro de mi colchón de muelles. Sus dos gorilas lo abrieron por un extremo, y lo dejaron sin molestarse en examinar el otro. Y allí ha estado todo el tiempo.

—No se les puede pedir que tengan imaginación también —rezongó entre dientes.

—Dígame una cosa, matasanos. ¿Quién es Ed?

—Linklater. Tiene grandes deseos de conocerle, y no creo que tarde en llegar.

—¿Van a terminar conmigo con una de sus malditas inyecciones o emplearán el clásico paseo?

Me examinó como si fuera una de sus ratas de laboratorio.

—Ya lo verá —dijo solamente.

Entonces se abrió la puerta y entró el gran Edgar Linklater. Su cara era una máscara sin expresión excepto los pequeños ojos, muy juntos y brillantes como carbones encendidos. El doctor le reveló, todavía asombrado, mis buenos deseos de colaborar, cosa que no pareció entusiasmarle en absoluto.

—Puede estar mintiendo —comentó—. Lo mejor es inyectarle esa porquería y preguntarle después.

Dominé el pánico creciente que me invadía y exclamé:

—Si eso es todo lo que puede elaborar su gran cerebro, vale más que se eche bajo un tren. ¿Por qué tendría que mentir si sé que estoy en sus manos?

El médico intervino:

—Voy a mandar a uno de los muchachos a buscar ese maldito camisón. Si lo encuentra donde Blake nos ha dicho sabremos que está colaborando. Sólo es cuestión de unos minutos, Ed.

—Está bien, hágalo.

Pensé sobre lo que el médico acababa de decir respecto a que el que fuera en busca del camisón sólo tardaría unos minutos en estar de vuelta.

Y de repente lo comprendí.

La clínica, o sanatorio que se elevaba al otro lado de la colina y del que me había hablado el vendedor de inmuebles. No podía ser otra cosa.

Cuando quedamos solos Linklater y yo, el pistolero esbozó una mueca y para redondear la situación me advirtió:

—No saldrá vivo de aquí, Blake, aunque depende de usted el que lo haga entero, con una bala en la nuca, o en pedacitos pequeños. El doctor es un especialista en estas cosas. Creo que le divierten.

—Ya me he dado cuenta de que está chiflado...

—Piénselo mientras tiene la cabeza sobre los hombros.

Y salió dejándome solo.

Una vez más comencé a luchar con las correas. Inútil.

Desalentado, ladeé el cuerpo todo lo que pude gracias a no tener sujeta la correa del pecho. Todos los dolores que me habían

atormentado volvieron a dar fe de vida, pero aumentados hasta el infinito a causa de la violenta torsión. Mi cabeza quedó a cuatro o cinco pulgadas de la correa que sujetaba mi brazo derecho.

Sentí deseos de chillar, impulsado por una furia loca. Hice más esfuerzos, rechinando los dientes de dolor, y gané un par de pulgadas a cambio de sentir como si estuvieran partiéndome la espalda a hachazos.

Descansé, jadeante. Luego seguí intentándolo. Mi cara se acercó un poco más a la brillante hebilla.

No pude contener una especie de sollozo cuando mi espalda se negó a seguir doblándose. Juré para mis adentros que si tenía ocasión mataría a Linklater y al médico sin piedad alguna. Tras este consuelo lo intenté una vez más, gimiendo como una bestia cogida en la trampa, casi llorando de impotencia y furor.

¡Pero mis dientes rozaron la hebilla!

Me obligué a permanecer doblado casi un minuto, con todos los dolores del infierno metidos dentro de mi pecho y espalda. Luego inicié el verdadero trabajo.

Cuando conseguí librar mi brazo derecho caí en una especie de sopor nervioso. No sé cuántos minutos pasaron, pero entonces me lancé desesperadamente a librarme del resto de las correas y casi grité de entusiasmo cuando pude saltar fuera del lecho.

Tardé un par de minutos en normalizar los salvajes latidos de la sangre en mis venas. Después de conseguido esto, agarré la silla metálica y me aposté al lado de la puerta con todos los nervios tensos. Tal vez alguno de ellos lograrían llenarme el cuerpo de plomo, pero por lo menos el primero que entrase en la habitación sabría de qué calidad era el hierro de la silla.

No tuve que esperar mucho. Una llave giró en la cerradura, la puerta se abrió de par en par y el doctor dio dos pasos adelante.

Antes que pudiera dar el tercero le descargué un silletazo con tal fuerza que ni siquiera supo de dónde le venía el golpe. Cayó al suelo hecho un guiñapo, sangrando como un cerdo por la abierta cabeza.

Pensé en Jane y en lo que aquel miserable le había hecho y me sentí casi feliz.

Dejé la silla y le registré con la esperanza de que estuviera armado, pero no era así. ¿Para qué demonios quería una pistola un

respetable médico?

De manera que me apoderé del manojo de llaves, salí y cerré la puerta.

Me encontré en un corlo pasillo, desierto y alumbrado tenuemente por una luz indirecta. Lo recorrí pisando como un galo, hasta asomarme por una escalera que descendía hasta el piso inferior. Tampoco distinguí a nadie en ella, así que la baje rápidamente.

Entonces tuve el primer tropiezo, al dar de manos a boca con el baboso llamado Lang. Los dos nos quedamos inmóviles, él no dando crédito a sus ojos.

Antes que se convenciera de que yo no era un fantasma, le aticé duro en el estómago, de manera que cuando se dobló le descargué el puño en la nuca. Puse demasiada fuerza en el golpe, porque el tipo salió planeando hasta tropezar con la barandilla de la escalera, volteó por encima de ella y desapareció hacia abajo sin un grito.

Sonó un golpe sordo, espeluznante. Después todo quedó en silencio otra vez.

Mis piernas no estaban muy seguras cuando me lancé escaleras abajo, hasta el lugar donde el cretino había aterrizado de cabeza. Lo que había esparcido sobre las baldosas no era nada agradable de ver.

Me incliné y tanteé los lugares indicados hasta localizar el bulto de un revólver. Suspiré, aliviado, y me apoderé de él sintiéndome poco menos que dueño del campo de batalla.

Me hallaba en la planta baja, pero no tenía la menor idea de dónde estaba la salida, de manera que avancé por el primer pasillo que me salió al paso. Así me interné por un dédalo en el que me hice un lío, de forma que acabé en un pequeño recodo sin salida, frente a una maciza puerta de roble.

Probé a abrirla y no hubo ninguna dificultad. Lo malo vino cuando se abrió por completo, porque entonces dos pares de ojos se clavaron en mí y mi revólver y sus propietarios no eran tan estúpidos como el baboso.

Sus manos volaron hacia sus sobacos. No dudé que si lograban empuñar sus armas yo podía considerarme muerto, así que tiré primero del disparador y uno de ellos saltó en el aire, hizo una extraña pirueta y cayó contra su compañero cuando todavía

resonaba el estampido del disparo. Los dos cayeron a un tiempo, pero eso no resultó ningún consuelo para mí.

Busqué un resquicio en aquel embrollo de brazos y piernas por el que meter una bala, pero el pistolero fue más rápido esta vez y su arma tronó entre las paredes como un cañón de asalto.

La bala me pasó peligrosamente cerca, a pesar de haber sido disparada de cualquier manera. Retrocedí, buscando la protección del quicio de la puerta. El tipo disparó otra vez, arrancando astillas de la madera.

Cambiamos un par más de plomos sin resultado. No obstante, la alarma estaba dada y por todas partes resonaban pasos precipitados y voces excitadas.

En algún recoveco del edificio, un cristal saltó hecho añicos, cosa que no tenía sentido. Los pasos se aproximaban a todo correr, de manera que necesité vigilar dos posibles campos de tiro a la vez.

El primer combatiente que asomó alocadamente encajó una bala en la cara y rebotó hacia atrás, desapareciendo de mi vista. Pero aquello no iba a durar mucho, porque mi revólver iba a quedar vacío después del próximo disparo.

Entonces, el pistolero que quedaba dentro del despacho me mandó una andanada de tres o cuatro balazos. No me dio, pero dejé escapar un alarido capaz de erizarle el pelo a cualquiera. Tras esto, esperé.

Cayó en la trampa sin esperar a que sus compinches comprobasen si yo estaba liquidado o no. Salió del despacho con el revólver en la mano y cuando me vio ya llevaba mi última bala en el corazón.

Me apoderé de su revólver antes que cayera al suelo. Entonces, detrás de mí, una voz ladró:

—¡Suéltalo, Blake!

Bien, había hecho cuanto estaba en mi mano para salvar el pellejo. Dejé caer el revólver del pistolero y me volví.

Y allí estaba Linklater, apuntándome con una automática. Avanzó hacia mí con un brillo homicida en sus diminutos ojos.

—La has armado buena —gruñó—. ¿Dónde está el doctor?

—Arriba, encerrado en la habitación.

Tres hombres más aparecieron detrás de su patrón. Él les ordenó que fueran a librar al médico y a dar un vistazo por los alrededores,

por si alguien había percibido el ruido de la batalla. Tras esto, se acercó a mí y me propinó un golpe salvaje con el cañón de la pistola. Pegó tan fuerte que entré en el despacho dando tumbos, hasta quedar tumbado en el suelo, junto al cadáver del otro matarife a sueldo.

La sangre comenzó a correr por mi cara, empapándome la camisa. Linklater maldijo entre dientes antes de ordenarme que me levantara.

Me costó mucho tiempo conseguirlo, pero finalmente quedé apoyado en la mesa. Advertí que había dos grandes paquetes sobre ella, parecidos a esas cajas de cartón que contienen tres botellas de *whisky*. Linklater dijo:

—Por poco no nos has estropeado la mejor operación de cuantas llevamos hechas, bastardo... Pero voy a darte el gusto de vaciarte todo el cargador en la barriga. Fíjate, Blake, cómo se mata un cerdo...

Vi el agujero de la pistola y se me antojó tan grande como la entrada de un túnel. Supe que iba a morir y, de manera inconsciente y absurda, pensé en Jill y en nuestra cita de la noche siguiente. Sería la primera vez que no acudía a una cita con una mujer...

Entonces, Linklater se irguió como si acabara de recibir una descarga eléctrica. Durante un eterno segundo quedó empujado sobre las puntas de los pies, mientras por su rostro se extendía una extraña expresión de sorpresa... y repentinamente se derrumbó hacia delante dejando escapar la pistola, que vino a caer a mis pies.

Me precipité a recogerla, sin molestarme a averiguar qué le había sucedido al asesino. Fue cuando me incorporé que me encontré mirando la esquelética figura de Strong, enmarcado en la puerta con su cara de palo y sus ojos velados fijos en mí con la intensidad de los de una serpiente.

—No haga tonterías con la pistola, Blake —me advirtió.

Con escalofriante frialdad, se acercó al cadáver, desclavó de él el largo cuchillo y lo limpió con la misma chaqueta de Linklater.

—Si tardo un poco más era usted hombre muerto, Blake —comentó, enderezándose.

—¿Cómo supieron que me teman encerrado aquí?

—No lo sabíamos, pero el patrón me había ordenado seguir a

Linklater fuera a donde fuera. Así llegué hasta aquí, me marché en busca de un teléfono y llamé al jefe. Cuando él ha llegado hemos entrado rompiendo una ventana para ver qué clase de fiesta tenían armada aquí dentro...

—Ya veo... Por primera vez me es usted simpático, Strong... aunque no mucho.

Keverne llegó empujando a los tres pistoleros que habían quedado enteros.

—Bueno, si esto no se llama colaborar con la ley... —rezongó, dejando a los tres prisioneros al cuidado de Strong.

Le di las gracias efusivamente, tras lo cual ambos nos dedicamos a abrir los dos paquetes que estaban sobre la mesa. Recordaba muy bien lo que el cretino había dicho respecto a un cargamento...

Y allí estaba, en los paquetes.

—¡Que me cuelguen! —exclamó Revente—. ¡Heroína refinada!

—Y hay cuatro o cinco libras.

—Seguro. Una verdadera fortuna... Lástima que ya esté retirado de los negocios —acabó, gruñón.

—Así que ése era el negocio —dije—. Una clínica de pega en la que se organizaba la distribución de la droga. Y donde podían hacer cualquier salvajada con un prisionero si les convenía...

—Como hicieron con Jane.

—Eso es. Pero ¿por qué lo hicieron, Keverne?

Se encogió de hombros. Yo añadí:

—No deseaban matarla cuando estaba aquí, ¿no se da cuenta? Su idea era más infernal todavía... querían enloquecerla, hacerle perder la razón.

—¿Por qué iban a tramar...? ¡Maldita sea, el testamento!

—Eso es. Muerta, su fortuna iba a manos de las organizaciones de asistencia. Si podían declararla legalmente loca, ellos podían manejar el dinero a su libre antojo.

—¿Ellos?

—Imagino que James Prescott fue quien organizó el plan para seguir manipulando con el dinero de ella. No creo en las coincidencias, Keverne, y Prescott me contrató para que encontrase a su sobrina, después que escapó de aquí. Quiso mantenerme ocupado en ello, porque sabía que yo no conocía a la muchacha, de manera que en cuanto pudiera localizarla se la entregaría envuelta

en papel de seda. Luego, la llamada de Jill al marido le desconcertó...

—Mire, Blake —me atajó Keverne—, todo esto es asunto suyo. Encárguese de explicárselo a los polizontes y llévese usted todos los laureles. No quiero que mi nombre aparezca aquí para nada.

No tuve tiempo de responderle. La silbante voz de Strong lo impidió al exclamar:

—¡Mire eso, patrón!

Nos volvimos en redondo. Strong estaba inclinado junto a una caja fuerte que acababa de abrir con asombrosa habilidad. Keverne empezó a reír.

—No puedes olvidar tus viejas mañas, viejo...

—¡Eche un vistazo a lo que hay aquí! —insistió el saco de huesos.

Lo que había a la vista, dentro de la caja, era una montaña de diamantes, joyas engarzadas, piedras preciosas y pulseras de oro tan alta como el Himalaya.

Los tres nos quedamos estúpidamente inmóviles, mientras Strong hundía las manos en aquel tesoro de las Mil y Una Noches.

—¡Los robos de las joyerías! —jadeó Keverne—. ¡Ése debe ser el botín!

Me acerqué a los tres pistoleros amarrados en un rincón.

—¿Quién empieza a hablar antes que empiece a golpes, muchachos?

Mi pregunta obtuvo tres respuestas a la vez. No entendí nada, de manera que callaron también a la vez.

—Sólo uno —gruñí amenazador.

—Ya no vale la pena seguir con eso —dijo uno de ellos—. Ésas son las joyas procedentes de todos los asaltos...

—¿Cómo es posible si aparecieron unos diamantes en Europa?

—Fue solo una cortina de humo para que la policía dejase de buscar las joyas aquí.

—Ya veo... ¿Cómo pensaban deshacerse de ellas?

—Iban a servir para pagar ese envío de heroína... Tenían que llegar dos paquetes más, con un total de un millón y medio de dólares.

—Ajá, una jugada maestra... ¿Fue Linklater quien la planeó?

Sacudió la cabeza.

—Linklater era el jefe ejecutivo... Quien organizó todo fueron el tío de la muchacha que estuvo aquí y el marido. Pensaban quedarse también con los millones de ella...

—Eso es suficiente, muchacho. Lo repetirás a la policía a sí mismo si quieres librarte de la cámara de gas...

2

Descolgué el teléfono y llamé a Curtis. No pude contarle todo por teléfono, pero le detallé la participación de Prescott y del melenudo en el embrollo, de manera que prometió echarles el guante al mismo tiempo que acudía a la clínica.

Cuando pude desprenderme de él telefoneé a Wilkie Randall, el maldito reportero, y le ofrecí las primicias de la información. Aulló como un coyote a través del aparato. Después juró que me desollaría vivo si le estaba tomando el pelo y dijo que salía volando llevando un fotógrafo pegado a la cola. Creo que rompió el teléfono al colgarlo furiosamente.

Keverne esperó a que yo también hubiese colgado. Entonces hizo una seña a su inseparable guardaespaldas y gruñó:

—Ahí se queda usted, Blake. Tal vez le den una mecada por esto... Pero no me mencione para nada o la medalla se la pondré yo...: mejor dicho, Strong.

—Ya veo...

—Venga esta noche por el *cabaret*. Le pagaré lo prometido y celebraremos la victoria y todo eso...

—Esta noche no, Keverne. Tengo una cita muy importante.

—¿Negocios?

—Placer.

Se echó a reír mientras retrocedía hacia la puerta.

—Que se divierta. Venga a verme cuando quiera... De paso podrá admirar a Jill otra vez.

—Seguro.

Se fueron. No quise decirle que admiraría a Jill mucho antes, de lo que él imaginaba. Pero la admiraría en una actuación para mí solo... y en privado.

Después tal vez la dejase volver al *cabaret* o tal vez no. Keverne

tendría otro motivo para chillar.

Pero yo tendría a Jill, así que, ¿qué importaba todo lo demás?

FIN

TESOROS OCULTOS



... la mano atrevida que los arranque de su escondrijo de siglos.

Son muchos (más de los que suponemos) los tesoros ocultos que cualquiera de nosotros puede encontrar estudiando antiguas leyendas o localizando los documentos reveladores.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS





COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de que es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS



Psicosis

¿CONOCE USTED

... las horrendas curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABU-ZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...



— EDITORIAL BRUGUERA, S. A. —

Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?

Pruébelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1712*

